

La Ilustración Nacional

Administración: Almirante, 2 quintd.º

MADRID
20 de Noviembre de 1888.

Año IX.—Núm. 31.



S. M. LA REINA DE ITALIA DOÑA MARGARITA TERESA DE SABOYA

SUMARIO

GRABADOS: S. M. la Reina de Italia doña Margarita Teresa de Saboya.—Un idilio.—Excmo. Sr. D. Fernando de Gabriel y Ruiz de Apodaca: † en esta corte el día 5 de Noviembre de 1888.—En países tropicales.—Bellas Artes: El exorcismo (cuadro de Rincón).—Bellas Artes: Travesuras de la modelo (cuadro de Madrazo).—Pasiones disculpables.

TEXTO: Crónica, por D. F. Serrano de la Pedrosa.—Explicación de los grabados.—La historia de la artillería española (continuación), por D. Mario de la Sala.—Fantasía microscópica: La felicidad, por D. J. Navarro Reza.—Villamartin y los tratadistas de la milicia en la España del siglo XIX (continuación), por D. Luis Vidart.—A mi buen amigo el pundonoroso militar D. Vicente Mora: ante el cadáver de su malograda hija (poesía), por D. David Pardo Gil.—Las maneras y la moda (reducción de un estudio de Herbert Spencer).—Trova, por D. Carlos Miranda.—Tragedias del arroyo (continuación), por D. Juan Valero Martín.—Variedades y notas.—Cuento de amores (conclusión), por D. Vicente Colorado.—El capitán Monistrol, por C. Monselet (traducción de D. Pedro Hernández Erena).—Oriental, por D. Ramón Trilles.—Bibliografía.—Pasatiempos.—Solución á los anteriores.—Anuncios.

CRÓNICA

Otra víctima del asesino de mujeres en Londres.

¿Otra? Otras dos: la mujer asesinada y el jefe de la policía, que ha presentado su dimisión.

¡Tonto! ¡Dimitir el cargo por semejante friolera!

En España no se da ese caso jamás. Verdad es que no tendríamos manos con que recoger dimisiones.

El caso es que el asesino ha dejado pasar unos días en calma; y cuando ya el público iba olvidando sus repugnantes crímenes, vuelve á repetirlos con los mismos odiosos caracteres que en un principio.

Los medios de investigación más originales han fracasado.

El olfato del perro ha sido ineficaz.

A primera vista, nada tan natural como preguntar á un perro lo que no sabe decir un polizón.

El perro tiene mejor olfato: el olor del vino no le despista; su instinto es tan claro, que jamás confunde la taberna con el garito; ve las manchas de sangre aunque pongan sobre ellas una moneda, ó un parentesco, ó ambas cosas juntas; y una vez hallado el criminal, no sabe el perro, por fortuna para la justicia, pronunciar discursos ni redactar escritos; no sabe más que morder; y en este caso, morder es sentenciar.

Y casi ejecutar la sentencia.

Pero el perro está ya cansado de que las gentes abusen de la bondad de su carácter.

Tiene envidia del polizón, mejor pagado que él, más atendido, mejor reputado; y ha llegado el día de rebelarse, de protestar contra la injusticia, de que cada cual se las compa como pueda.

Y eso es muy fácil para el perro.

Le basta con decir:—Estoy resfriado; no huelo.

Y como el polizón es chato, las mujeres se echan á temblar, y la alarma cunde, y el pánico y la indignación se apoderan de los ánimos.

Aún no hace mucho tiempo que el señor Aguilera, deseando que por primera vez hubiera en Madrid policía, pidió al jefe de dicha institución en Londres una nota relativa á la maravillosa organización de que los *police-mans* se mostraban tan orgullosos.

Si el funcionario londonense no ha contestado todavía, puede hacerlo en estos términos: «Tenemos organizada la policía de tal modo, que no sólo permite asesinar, sino disecar el cadáver en medio de la calle.»

Y, sin embargo, la organización es buena. Pero el *genio* es mucho mejor.

No hay reglamento capaz de hacer hombres listos.

Ya estaban escritos y vigentes los cánones de la música mucho antes que Bach naciera, y, sin embargo, pareció que la música nacía cuando Bach comenzó á sembrar de puntos el pentagrama.

Y esta es la historia de todas las ciencias, de todas las artes, de todas las manifestaciones de la actividad humana.

Primero el caos, después un hombre extraordinario, después los imitadores.

Los imitadores que creen que se puede aprisionar el genio, la inspiración, el rasgo feliz entre los renglones de una receta; y al endosar el uniforme á cualquiera, le dicen, como debieron decir al médico improvisado del cuento:

«Mirarás debajo de la cama, y si encuentras señales de que el jergón ha sido deshecho, es que el enfermo ha comido paja.»

¿Por qué no ofrecer la jefatura de la nueva policía al que descubriese al asesino de los niños del Canal?

¿Por qué no ofrecer el segundo puesto al que descubriese al asesino de García Vao?

Y si los descubridores eran médicos, arquitectos, cerrajeros ó estudiantes, personas, en fin, á las cuales no conviniese abandonar sus ocupaciones, otorgarles un premio, y ¡hasta otra vez!

Esto sin perjuicio de conservar la parte indispensable de la policía actual para que siguiera interviniendo en los casos vulgares y desempeñando el servicio estadístico.

Mientras llega el caso de que los obispos y los magistrados, únicos funcionarios que no admiten la más pequeña economía, se desprendan voluntariamente de parte de sus asignaciones para costear los gastos de la policía judicial, sólo le queda á la vindicta pública un medio de satisfacerse.

El medio es bastante inocente, pero es el único.

El novelista de á cuartillo de real la entrega.

Aquí el criminal se fastidia.

En las primeras entregas parece que el novelista es su cómplice. La policía llega tarde, el criminal se da á la fuga; pero un joven le ha visto, corre tras él, y ya le va á los alcances, cuando un vecino honrado que sale á tiempo de ver correr solamente al joven, lo tiende de un estacazo. El criminal se pierde de vista, y llega tranquilamente á la reja en que le espera su novia, sobrina del cura de la parroquia. y allí pega la hebra con mucho aplomo; á pesar de lo cual, la sobrina del cura nota en la frente de su amado algo siniestro que la hace murmurar al retirarse:

—¡Dios mío, qué semblante el de Crisanto! ¿Tendrá lombrices?

Pero todo llega en el mundo; y cuando el editor se ve abrumado por cientos de cartas en que los suscritores piden el descuartizamiento del criminal, el autor de la novela se ve en la imprescindible necesidad de tomar la pluma y escribir: «CAP. MCLVIII. HAY PROVIDENCIA.»

Cosa de la que, por lo visto, se venía du-

dando por espacio de mil quinientos cincuenta y siete capítulos.

El *Kaiser* ha encallado.

Dicho en alemán, no resulta epigrama para nosotros, pero sí para los súbditos del *Kaiser*, porque equivale á decir que ha encallado el Emperador.

Guillermo II no debe tomarlo como agüero desfavorable; pero sí debe preocuparse de las frecuentes torpezas de sus flamantes marinos, que un día hacen chocar uno contra otro dos buques de guerra, y otro día hacen encallar al mejor de sus acorazados.

Se conoce que el ardor bélico tiene á los marinos alemanes con ganas de embestir con algo, aunque sea contra las rocas.

Pero aunque la causa sea disculpable, lo cierto es que los efectos cuestan un dinerito.

El *Kaiser* será puesto á flote probablemente; lo que no se pondrá á flote tan pronto es el tesoro alemán, si sufre unos cuantos golpes de este género.

La fiebre amarilla ha visitado las islas Canarias.

Aunque viaja de incógnito, todo el mundo ha comprendido que se dirigía á Madrid, noticiosa de la especie de protección que los concejales conceden á la difteria.

No ha tenido en cuenta que esa protección es involuntaria; es decir, que los concejales no se oponen con mayor eficacia al desarrollo de la difteria, porque no saben por dónde andan en materia de higiene.

Por lo demás, ¿qué salen ganando los concejales con que la gente gaste en médico y en medicinas lo que había de emplear en un terno nuevo, ó en una tarea de chocolate, ó en un acordeón?

Esto del acordeón nos recuerda los últimos estrenos teatrales.

¡Parece mentira, pero hemos estrenado una ópera!

Y de las que devengan derechos de representación; caso estupendo tratándose del Teatro Real.

Sólo que (¡Dios nos perdone la malicia!) cuando hemos visto que Delibes llama *gran* éxito al obtenido en España, no hemos podido menos de decirnos que si con esos lentes de aumento ve las cosas, basta que la Empresa le mande cuatro pesetas, porque le parecerán cuatro mil reales.

La señora Nevada es una tiple de primer orden.

Y el Sr. Uetam, encargado del papel de *Nilakanta*, ha debido decirse: «¿qué es eso de que *ni la canta*? Ahora la voy á cantar *largo y tendido*.»

Y, en efecto, convierte un *allegro* en *andante*, y lo que debía durar diez minutos, dura treinta.

Hace bien; los revisteros dicen que estuvo «admirable»; queriendo decir, sin duda, que es admirable la pachorra con que canta *Nilakanta*. Y de Mancinelli, que lo consiente, dicen otro tanto.

Los otros estrenos son el de un hermoso drama de D. José Echegaray, y de una preciosa comedia de D. Miguel Ramos Carrión y D. Vital Aza.

Lo sublime en lo vulgar, y El señor Gober-

nador, han sido dos éxitos verdaderos, y en los cuales se ha derrochado el entusiasmo por los autores, y por Vico, Calvo, Balbina Valverde, Rosell y Ruiz de Arana, que probó una vez más lo mucho que vale, en los tres tipos que representa.

No decimos de estas obras que han obtenido un gran éxito, porque no se crea Leo Delibes con derecho á codearse con Echegaray, Ramos Carrión y Vital Aza.

Poco á poco.

F. SERRANO DE LA PEDROSA.

S. M. LA REINA DE ITALIA

Margarita Teresa de Saboya, hija del príncipe Fernando, nació el 20 de Noviembre de 1851 y contrajo matrimonio el 22 de Abril de 1868, con el entonces príncipe heredero, hoy rey Humberto I. Dotada por el cielo de todas las perfecciones físicas, mereciendo el dictado de hermosa en el país clásico de la hermosura, tiene además una bondad de sentimientos y una ilustración tan esmerada, que pronto le conquistaron las simpatías de aquel gran pueblo italiano, viéndose rodeada del amor de su esposo y de sus súbditos, compartiendo su existencia entre la educación del heredero al trono de Italia, el joven príncipe Víctor Manuel, y las obras de beneficencia que practica.

EXCELENTISIMO SEÑOR

D. Fernando de Gabriel y Ruiz de Apodaca.

Hace muy poco tiempo aparecían en las columnas de esta Revista algunos bosquejos biográficos del militar distinguido y notable publicista, Sr. De Gabriel y Ruiz de Apodaca, con cuyos consejos y trabajos se honra esta Redacción.

La muerte nos ha arrebatado al amigo cariñoso, modelo de caballeros, y al colaborador asiduo de esta publicación, cuando todavía teníamos fundadas esperanzas de contarle en nuestra compañía, aprender de sus talentos y entusiasta amor á la patria, los medios de contribuir á la regeneración completa de nuestro ejército y al desarrollo de su prestigio, para que podamos aspirar á realizar las vastísimas empresas que el porvenir nos debe tener reservadas.

Numerosos amigos del finado y de su distinguida familia formaban el cortejo fúnebre, que fué presidido, entre otras personas, por el señor ministro de la Guerra y el Sr. Vidart, compañero de armas y letras, demostrándose en esta triste y postrera manifestación del cariño las grandes simpatías con que contaba el Sr. De Gabriel en todas las clases sociales.

Sirvan de lenitivo al inmenso dolor que aflige á su atribulada familia la participación intensa que con nosotros toman cuantos conocieron y pudieron apreciar las altas dotes que concurrían en el Sr. De Gabriel, y los grandes servicios que ha prestado á su patria.

TRAVESURAS DE LA MODELO

Este es el título de uno de los cuadros del señor Madrazo que más han llamado la atención, y que reproduce nuestro grabado de la pág. 489.

El Sr. Madrazo forma parte de esa pléyade de artistas ilustres que honran nuestra patria, y cuyos nombres son ya patrimonio de la mayoría del universo, donde se pronuncian con verdadero respeto y admiración. Sus trabajos han sido ya sancionados por la crítica, y sería pretensión inmodesta por nuestra parte pretender describir lo que el genio modela y crea.

EL EXORCISMO

Pudiéramos prescindir de la descripción de este grabado, que reproduce el cuadro del Sr. Martínez del Rincón, cuya fama es tan grande como merecida. La perfección con que están trazadas todas las figuras, el movimiento que despierta el cuadro y la vida que revelan los personajes en acción, son suficientes á dar verdadera interpretación al asunto elegido por el autor, y superiores á cuantas explicaciones quisiéramos condensar en este lugar.

El fanatismo religioso, ridiculizado en la forma hermosa que el Sr. Martínez del Rincón emplea en su cuadro, ha muerto ya en nuestra culta sociedad; y, afortunadamente, en vez de esos aparatosos espectáculos que repugnan al sentido común y son el escarnio de la humanidad, la religión ensancha sus centros de propaganda para ilustrar al pueblo, librarlo de las garras de la barbarie, cuyo fruto no puede ser más detestable y odioso, y justificar ante los pueblos que el Cristianismo es la religión del progreso, y la más santa y bienhechora de cuantas se conocen en el universo.

EN PAISES TROPICALES

El cuadro que representa nuestro grabado de la pág. 485 es de una realidad admirable.

Cuantos hayan rebasado los trópicos habrán tenido ocasiones constantes de presenciar una siesta en la cómoda hamaca, en medio de una vegetación exuberante y de un ambiente que sería excesivamente cálido si la brisa no neutralizase la acción de los rayos solares. El autor ha conseguido, con gran habilidad, trasladar nuestra imaginación á lejanos países, solamente contemplando su obra.

PASIONES DISCULPABLES

Un capricho, una de esas manifestaciones del genio reveladas en asuntos triviales, constituye la composición del cuadro que aparece en el grabado de la pág. 492.

La estatua, hábilmente modelada, que se encuentra en lujoso salón en actitud de tocar el violín, sirve de incentivo á pudibunda doncella para ensayar algunos compases de baile, creyéndose en la más completa soledad. El autor, sin embargo, ha sorprendido esta inocente travesura, y sin que la entusiasta bailarina pudiera notar el espionaje de que era objeto, ha trazado con gran maestría el boceto de un trabajo muy ameno, interesante y de vivísimo colorido.

UN IDILIO

Nuestro grabado de la pág. 484 es obra artística, cuyo interés apreciarán nuestros lectores.

Rodeada de flores, besando las mariposas el ambiente que respira una encantadora joven, cuando todo en el mundo le sonrío, es asunto para representar el idilio más fantástico, de atractivo y embelesadora seducción que puede ofrecerse á la imaginación más soñadora del ideal y del arte.

La historia de la artillería española.

(Continuación.)

El árbol simbólico, débil en sus orígenes, va robusteciéndose por los desvelos de Francisco Ramírez, Diego de Vera, el comendador Herrera, los tres ilustres Alavas (1), Frey Gabriel de Cerve-

(1) El primero de los Alavas, que no figura en ninguna de nuestras publicaciones históricas, fué Diego Martínez de Alava, famoso caballero que condujo la artillería de Vitoria á la guerra de Granada, gobernándola con tanto valor como inteligencia. Los Reyes Católicos remuneraron sus servicios con una escribanía de Vitoria, transmisible á sus descendientes por juro de heredad, según consta de la Real Carta de concesión que el Sr. D. Ricardo de Alava conserva en su archivo.

llón (1), D. Luis de Velasco, D. Gregorio Brito (2), Collado, Lechuga, Ufano, Firrufino, González, Medrano, Bayarte, Sanz y tantos otros heroicos guerreros, inteligentes organizadores ó sabios maestros de la que ya entonces apellidaban *Nueva ciencia de la artillería*, para vergüenza de los modernos ignorantes que pretenden convertirla en oficio rutinario. Las raíces, fortalecidas por cultivo tan esmerado, se extienden á través de los mares, aportando á Italia, con el Gran Capitán; á Flandes, con el gran duque de Alba; á Grecia, con D. Pedro de Toledo; á Méjico y el Perú, con Cortés y Pizarro; á Orán, con el cardenal Cisneros; á Túnez, con Carlos V, y hasta las apartadas regiones de la Malasia con Magallanes y López de Legazpi. Que en todas partes el cañón español es apoyo firmísimo de la bandera de la patria, y así nuestro D. Patricio de la Escosura pudo decir en su canto heroico á Hernán Cortés:

"Triunfo de Libia en la abrasada arena,
Triunfo de Italia en la feraz laguna
El pendón español, y hazaña ajena
A su poder no alcanza la fortuna:
Grecia le vió ondear, de asombro llena,
Aún Nápoles recuerda al grande Osuna,
Y de un Córdova el brazo en Ceriñola
Hizo eterna su gloria y la española.."

Brotos de la misma cepa, arrancan desde el nudo radical dos vástagos gemelos, el *artillero* y el *ingeniero*, que crecen á la par, sin que pretenda desunirlos la Real Ordenanza de 2 de Mayo de 1710, al crear el regimiento Real de Artillería, con indeterminado número de batallones, distribuidos en compañías de artilleros, fusileros, bombarderos y mineros, y pelotones de oficiales, marineros y calafates, destinados á servir los puentes de barcas. Organiza ese heterogéneo regimiento el brigadier D. Marcos de Araciel, quedando separado su servicio técnico-militar del facultativo, sin mando directo de tropas, cuyo personal, con escalafón aparte, vino á constituir lo que se llamó Estado Mayor de Artillería. Pero tan inconveniente organización, de que algún flamante proyectista solicita patente, como si no fuera cosa vieja y hundida en el des crédito, quedó radicalmente modificada por los reales decretos de 7 de Noviembre de 1761 y 21 de Septiembre de 1763, que ordenaron la definitiva separación de los dos institutos facultativos. El *vástago ingeniero*, transplantado aparte de la cepa nativa, constituyó magnífico árbol independiente. El *artillero*, fertilizado por el reglamento de 29 de Enero de 1762, que, á propuesta del inolvidable conde de Gazola, instituyó el colegio de Segovia, y juntaba en un solo escalafón las oficialidades del Estado Mayor y de las tropas del arma, vino á ser lo que desde entonces se llamó Real Cuerpo de Artillería, que, con la savia de la nueva Academia,

(1) Frey Gabriel de Cervellón, general de artillería del ejército de Flandes durante el gobierno del gran duque de Alba, fué sabio facultativo, además de gran soldado, demostrando excepcionales conocimientos en el trazado de las fortificaciones de Amberes, que proyectó en unión de los famosos ingenieros italianos Pacciotti y Crispin Vitello. Véanse las *Guerras de Flandes*, por el duque de Carpiñana.

(2) El ilustre portugués D. Gregorio Brito, maestro exímio en el arte de defender plazas, y general de artillería del ejército organizado por Felipe IV para domar la insurrección de Cataluña, fué un oficial distinguidísimo, á cuya ciencia, valentía y lealtad confió el Rey el gobierno de Lérida, fortaleza constantemente amenazada por las armas rebeldes y por los franceses, auxiliares de la rebelión. Correspondió Brito al real favor, defendiendo la ciudad con invencible perseverancia, desde 1.º de Abril á 21 de Octubre de 1646, en que el marqués de Leganés obligó á levantar el sitio al ejército franco-catalán, gobernado por el conde de Harcourt. En Mayo de 1647 intentó el gran Condé volver al asedio, embistiendo valerosamente la plaza; pero Brito ejecutó salidas tan hábiles y decisivas, que puso en derrota al sitiador, obligándole á levantar el campo el 18 de Junio.

Las fatigas y penalidades de tan larga defensa alteraron profundamente la salud del gobernador, y le obligaron á renunciar al mando que habia desempeñado con tanta pericia, siendo relevado por D. Manuel de Aguiar, general de la artillería de Ciudad Rodrigo, de quien dice el conde de Rocaberti, en su *Discurso político en favor del marqués de Aitona, Virrey y capitán general de Cataluña*, que "era una de las personas de mayor capacidad para cualquier negocio.."

Murió D. Gregorio Brito en Zaragoza el 6 de Abril de 1648, y su cadáver fué depositado con gran pompa en el templo metropolitano del Pilar.



UN IDILIO





EXCMO. SR. D. FERNANDO DE GABRIEL Y RUIZ DE APODACA † EN ESTA CORTE EL 5 DE NOVIEMBRE DE 1888



EN PAISES TROPICALES

acrecentó grandemente su idoneidad, patentizada pocos años después en el recobro de Menorca, en la defensa de Ceuta, en la reconquista de Orán, en el heroico cuanto estéril asedio de Gibraltar, y en las imprudentes campañas del Rosellón y de Guipúzcoa, que cierran la historia militar de España en el siglo XVIII.

Si Carlos III, aconsejado por el conde de Gazola, unificó el tronco de secular encina, Carlos IV, y en su nombre el Generalísimo Príncipe de la Paz, no hizo menos para perfeccionar su porte promulgando la Real Ordenanza de 22 de Junio de 1802, preparada por el ilustre conde de Colomera y escrita por nuestro doctísimo D. José Navarro Sangrán, que dió vida y dirección á las vigorosas ramas madres constituidas por los cinco departamentos de Barcelona, Cartagena, Sevilla, Coruña y Segovia, base firmísima de la grandeza y hermosura de la copa. El esqueleto del árbol quedó gallarda y simétrica dibujado. De las ramas mayores arrancan las secundarias, que son el ministerio de Cuenta y Razón, el juzgado privativo, los cinco regimientos de plaza y los viejos establecimientos industriales. Bifurcándose éstas, nacen otras nuevas, que son los lucidos escuadrones de artilleros á caballo, convertidos más tarde en los actuales regimientos montados; brota la artillería de montaña, tan útil en nuestro accidentado territorio; y si perecen al empuje de la política y al progreso de la industria los vástagos que representan el juzgado privativo, desgajado por la revolución de 1808, el ministerio de Cuenta y Razón, ingerido en el Cuerpo Administrativo de 1851, las salitrerías, las fábricas de piedras de chispa de Loja y Zaragoza, las de fusiles de Placencia y Sevilla y las de municiones del Bierzo, Sargadelos y Orbaiceta, desarrollanse con mayor pujanza la fundición y la maestría sevillanas, acrece su importancia la herrería de Trubia, maestra de la metalurgia española, aparecen las pirotecnias y adquieren su natural perfección la fábrica de fusiles de Oviedo, la de pólvora de Murcia y la de armas blancas de Toledo. Cada rama es un regimiento, un batallón ó una dependencia del Cuerpo, con dignísima historia particular; cada fruto es un episodio digno de perenne recuerdo; cada follaje un promoción presente ó desaparecida; cada hoja, en fin, la biografía de un oficial. Y como la colectividad se desveló constantemente en segregar las podridas ó perniciosas, aspirando á la selección personal, resulta que ese manto de verdura se compone de muchos centenares de servicios de oficiales valientes, entendidos y pundonorosos que forman la masa total en que, á manera de facetas brillantes, descuellan las personalidades sobresalientes por sus hazañas ó por su excepcional sabiduría.

Alma de ese organismo y esencia de esa savia fué sin duda el principio de rigurosa antigüedad en los ascensos, establecido sin sanción preceptiva desde la constitución del Real Cuerpo, constantemente practicado y no interrumpido de hecho por la Ordenanza de 1802, aunque en sus artículos 75 al 80 del primer Reglamento estableciese el ascenso por elección, á propuesta de las juntas de jefes de los departamentos; cosa tan diferente de la elección ministerial á estilo de España, cuando aquélla es la selección justificada, y estotra intriga, nepotismo, y no pocas veces premio de deslealtades, que tan maltruchas y desequilibradas traen las escalas de infantería y caballería. Pero las buenas costumbres pudieron más entonces que las malas ideas; y aunque las juntas departamentales no detuvieron el ascenso reglamentario de un solo oficial y la antigüedad siguió su marcha majestuosa, era preciso cerrar aquel portillo por donde pudiera colarse la injusticia, y así lo hizo la Real disposición de 15 de Abril de 1806, que, en consonancia con la costumbre, legalizó el ascenso por antigüedad en todas las categorías, hasta la de coronel inclusive, encomendando al voto de los subinspectores y jefes de escuela, no al capricho de los ministros, la postergación de los coroneles que por justas causas no debieran obtener el empleo inmediato. Aun esta cortapisa, cuya conveniencia reconozco, quedó anula-

da á propuesta del director general D. José de la Concha, y la real orden de 7 de Agosto de 1864, suscrita por el ilustre duque de Tetuán, autoridad respetable en materia de milicia, vino á sancionar el sistema de antigüedad para el ascenso de los coroneles á los grados superiores; asunto tratado con tanto desconocimiento como inexactitud en recientes debates parlamentarios.

¿Fué perjudicial para el Estado ó estéril para la artillería española ese sistema de ascensos por derecho propio desde teniente á Mariscal de Campo, que, al decir de sus detractores, apaga todo aliento y mata todo estímulo? ¿No dicen nada á los que cierran los ojos para no ver, las orejas para no oír, y el seso para no comparar, ese vigoroso espíritu de cuerpo, ese fraternal compañerismo, encaminado siempre al mejor servicio del Rey y de la patria y á conservar sin mácula el prestigio colectivo? Y sobre todo, puesto que no nos duelen prendas, ¿se ha dado nunca el caso de que nuestra oficialidad fuese tildada de inepta ó de cobarde?

Respondan á lo primero los escritos de D. Raimundo Sanz, D. Vicente de los Ríos, Morla, Dátoli, los tres Sangranes, D. Ramón de Salas, Loresecha, Rivas, Fernández de los Senderos, los dos Lujanes, Pezuela, Munarriz, Bielsa, Fraxno, Boulogny, Agar, D. Javier Santiago, Iruegas, el marqués de la Concordia, Corcuera, Saavedra Meneses, Enrile, Pérez de Castro, el conde de Mirasol, Banús y don Manuel Herrera. Díganlo también desde sus modestas sepulturas los inolvidables D. Francisco Antonio de Elorza, D. Juan Senovilla, D. Manuel Venenc, D. Jenaro Novella, D. Mamerto Díaz Ordóñez, D. Eugenio Valdés y D. Juan López Pinto, que tanto se desvelaron por procurar el desarrollo y progreso de nuestros establecimientos fabriles, y dígalo, en fin, esa universal reputación de cultura que ha gozado, y sigue gozando, nuestra Corporación, á que D. Luis González Bravo apellidaba *ornamento de la patria* en una discusión celebre, y que ya en el siglo XVII abrigaba en su seno á eminencias como D. Pedro Calderón de la Barca, el más famoso de nuestros dramáticos, y aquel gran bienhechor de la humanidad Juan Pablo Bonet, que fué el primero que dedicó sus desvelos á la provechosa enseñanza de los ciegos y sordomudos, como puede verse en la obra de Latassa, *Biblioteca de escritores aragoneses*.

MARIO DE LA SALA.

(Continuará.)

Fantasia microscópica.

LA FELICIDAD

Dejé el laboratorio químico y me dirigí apresuradamente á mi casa.

En mi mano derecha, y encerrada en una cajita de platino, llevaba el más codiciado de los tesoros, el complemento de todas las dichas, *la Felicidad*, en una palabra.

Yo oprímia mi tesoro con fuerza febril y caminaba de prisa, muy de prisa.

Llegué á mi casa á esa hora melancólica en que da su adiós la tarde y las campanas de los templos repiten con sus lenguas metálicas el poema de la oración.

Subí á mi estudio, que está, como mis aspiraciones, más cerca del cielo que de la tierra, y encendí una vela de color de rosa; color que, por desgracia, no se destaca en los cuadros sombríos de mis sueños.

Mi estudio, mitad taller de pintor, mitad jaula de poeta, recibe la luz fría del Norte por una gran ventana, desde la que se domina un monótono panorama de tejados y chimeneas, y se ve cerca, muy cerca, la bóveda azul que agujerean las estrellas durante la noche.

Dejé la cajita de platino sobre mi mesa de literato, cargada con el peso de mis ideas escritas, que no pesan un adarme, y me dispuse á tragarme la píldora.

Sí, píldora; la bendita píldora que estaba encerrada en la caja de platino; el sabio químico me había dicho que aquella píldora, disuelta en vino de Jerez, me daría la felicidad que tan inútilmente había buscado en las ciencias, en el arte y en el amor de las mujeres.

Tenia miedo de ser feliz, lo confieso; cuando cogí la botella de Jerez, que estaba sobre la mesa como una musa dispuesta á inspirarme, temblaba mi mano; y temblaba tanto, que al intentar llenar una copa derramé parte del vino, que formó en el plano de la mesa un charco de oro; el charco se fué ensanchando y el Jerez comenzó á caer al suelo gota á gota. Si yo hubiera escrito alguna vez una página de oro, hubiera creído en aquel momento que aquellas gotas brillantes y transparentes eran lágrimas escapadas de mis cuartillas.

Abrí la cajita y contemplé con ojos de loco la píldora que en breve había de tragarme; parecía de nieve; la toqué, y estaba, como la nieve, fría.

Yo tenía fe en la ciencia del químico; eché la píldora en la copa que contenía el Jerez... y no bebí, sí, no bebí porque se apoderó de todo mi ser un pánico invencible.

.....

De la copa de Jerez se escapaban vapores blancuecinos, que poco á poco comenzaron á dibujar, y á modelar también, una figura hermosísima, una mujer desnuda, blanca con blancura de mármol, correcta como un modelo griego, rígida y fría como la muerte. Aquella aparición me miró con profundo desprecio y me dijo con voz que tenía ese sonido especial que produce el choque de dos piedras:

—Necio, yo soy la *Indiferencia*, y seco todos los sentimientos y todas las aspiraciones; con la insensibilidad proporciono la dicha.

Luego se transformó en vapor, y yo salí de mi estudio asustado de aquella aparición y de la soledad que me rodeaba.

Cuando pasé por delante de la portería, ví á mi portera besando, con frenesí de madre, á un pequeño, gritándole al propio tiempo con voz amorosa:

—¡Mi rey, mi gloria, mi felicidad!...

—¡Su felicidad! repetí yo como un eco; y me lancé á la calle.

.....

Aquella noche volví muy tarde al estudio, y en un estado de excitación verdaderamente alarmante, me senté delante de mi mesa de literato y bebí Jerez hasta ponerme completamente beodo; después me recosté sobre el tablero de la mesa y me quedé dormido pensando en la aparición y en las palabras de mi portera.

.....

Desperté muy entrada la mañana, y advertí con sorpresa que mis ojos estaban húmedos. ¿Había llorado durante mi sueño de beodo? No lo sé; lo que sí puedo afirmar es que corrí en busca del químico, que obtuve una segunda píldora, y que la disolví en una copa de Jerez que, apuré después de un solo trago.

Desde entonces no he vuelto á llorar, ni á sentir... ni á sufrir tampoco.

J. NAVARRO REZA.

VILLAMARTÍN

Y LOS TRATADISTAS DE MILICIA

EN LA ESPAÑA DEL SIGLO XIX

(Continuación.)

XVII

Quedan ya mencionados los libros que escribió Villamartín, y las recompensas que obtuvo fueron las que por regla general alcanzan en España los autores de obras científicas; y ya de esto se lamentaba el P. Mariana, lo cual prueba que la cosa es tan antigua como mala y difícil de remediar.

A Villamartín le dieron la cruz sencilla de Car-

los III, en premio de su obra *Nociones de arte militar*, y fué necesario que hiciera un viaje á París el rey consorte D. Francisco de Asís, y que Napoleón le dijera que había en España un escritor militar de primer orden, y que se había publicado un artículo laudatorio, diciendo que su obra debía traducirse al francés; fué necesario, repito, que Napoleón dijera esto al rey D. Francisco, y que el general Lemery, á la sazón presente, acogiera esta imperial indicación, para que á su regreso á España se le ascendiera á comandante, en cuyo empleo murió. Por caminos que no son el trabajo y el estudio, por caminos más tortuosos, se suele llegar en España á los primeros puestos de la milicia; y no es lo malo que se llegue, sino que el espíritu público, en lugar de condenar á los que así llegan á las más altas posiciones, los dignifica y los ensalza, olvidando su pasado, que suele ser algo turbio, siempre que haya sido coronado por el dios Éxito, que es el más moderno de los dioses, pero actualmente el más reverenciado.

Se acerca ya la terminación de esta conferencia; pero antes de que llegue, acaso sería conveniente presentar en resumen sintético el cuadro de la literatura militar de España en el siglo XIX. Si yo intentase tal empresa, comenzaría por prescindir de los escritores que aún viven, porque los lazos de amistad y compañerismo que me unen con la mayor parte de estos escritores, podrían enturbiar más ó menos mi personal criterio, y este inconveniente, que en el relato analítico sólo ocasiona leves faltas de exactitud en parciales calificaciones, en los juicios sintéticos produce necesariamente grandísimas injusticias. Así, pues, prescindiendo de los escritores militares que hoy existen en nuestra patria, en el cuadro de la literatura militar de la España del siglo XIX aparecerían en primer término dos grandes figuras históricas: el autor de las *Nociones del arte militar*, el gran tratadista de milicia D. Francisco Villamartín, y el ilustre reformador de la táctica de las tres armas, el capitán general marqués del Duero, que *adivinó* (ésta es la palabra), que *adivinó* en 1852 muchas de las novedades que la guerra franco-alemana de 1870 ha venido á introducir en la forma y métodos de pelear sobre el campo de batalla. Y después del marqués del Duero y del comandante Villamartín, habría que bosquejar el retrato del general D. Evaristo San Miguel, inteligente director de la *Revista Militar*, autor de los notables *Elementos del arte militar*, ya antes mencionados; del libro titulado *Capitanes célebres*; de la *Historia del reinado de Felipe II*, y de muchísimos artículos referentes á la ciencia y arte de la guerra, esparcidos en Revistas científicas y en periódicos profesionales. El cuerpo de ingenieros aparecería representado por su jefe superior durante algunos años, el ingeniero general don Antonio Remón Zarco del Valle, constante protector de todo género de estudios científico-militares; por el general Herrera García, los brigadieres Aparici, Bernáldez y Varela, el coronel D. Eduardo de Mariátegui, y otros jefes y oficiales dignos de memoria. En el arma de artillería, además del general Salas, anteriormente citado, no se habrían de olvidar los escritos y merecimientos del conde de Casa-Sarriá, de D. Francisco Antonio de Elorza, D. Frutos Saavedra Meneses, D. José de Odriozola y D. Francisco de Luján. Y al lado del conde de Clonard, historiador de las armas de infantería y caballería, y de las tropas de Casa Real, se verían al brigadier Oscáriz, que comenzó y dejó sin concluir la historia de nuestras antiguas milicias provinciales, al ilustre D. Martín de los Heros, militar en su juventud, hombre político, y académico en su edad madura, autor de la *Historia del conde Pedro Navarro* y de otros escritores estimables; al general Ximénez de Sandoval, historiador de Aljubarrota, las instituciones de seguridad pública y las empresas militares en África, y el capitán de infantería D. Manuel Seco y Shelly, que, como complemento de la obra del Sr. Diana, *Capitanes ilustres y Revista de libros militares*, escribió los apuntes para un diccionario de militares escritores, que se titula *La pluma y la espada*. Y el erudito D. Antonio

Vallecillo, y el coronel D. Serafín Olave, empleando su reconocido talento en estudiar el caos de nuestra legislación militar; y el economista D. Álvaro Flórez Estrada, formulando un proyecto de reclutamiento muy parecido á lo que hoy se llama servicio militar obligatorio; y el sabio marino don Martín Fernández de Navarrete, celebrado en toda Europa; y el brigadier de la armada D. Jorge Lasso de la Vega, inteligente apologista de nuestra marina de guerra; y el ingenioso D. José de Vargas y Ponce, autor de una biografía del general de la armada, marqués de la Victoria, y de otros escritores histórico-militares, y (1)... Dejo sin terminar esta enumeración de los escritores que habrían de ocupar un puesto en el cuadro de la literatura militar española del siglo XIX, porque mi falta de habilidad oratoria no consigue resumir en breve síntesis las ideas y juicios que mi pensamiento considera como la más cabal expresión de la verdad histórica en el asunto de que estoy tratando. Sea lo dicho como imperfecto bosquejo del cuadro que yo pretendía trazar, y vuelvo á dirigir mi atención hacia el insigne autor de las *Nociones del arte militar*.

XVIII

No se conocería de una manera completa á Villamartín, si no hablase algo acerca de las condiciones de su corazón y de su carácter; pero esta materia es tan delicada, que yo, en vez de decir de palabra lo que sobre ella pienso, me voy á permitir leer un capítulo de un folleto en que bosquejé la biografía del comandante Villamartín.

Helo aquí:

«Se ha dicho que la vida humana es una tragedia, si nos dejamos dominar por nuestros sentimientos, y una comedia si con nuestro pensamiento friamente la analizamos; pero nosotros creemos que estos conceptos son de todo punto inexactos. Quizá el sentimiento es lo único que nos lleva algunas veces á reír... por no llorar; el pensamiento, el análisis nos convence de que en el placer presente se halla el germen del dolor futuro,

»*¡Ay infeliz de la que nace hermosa!* dijo el gran Quintana.

»Desdichado es, puede decirse, todo mortal que nace con virtudes superiores á las que exige la moral histórica de su época; desdichado es todo escritor cuyo mérito sobrepasa el nivel intelectual del pueblo y tiempo en que vive; toda superioridad física, moral ó intelectual, parece un dón de la Providencia; pero frecuentemente se convierte en el señuelo que atrae las calumnias de la envidia, en la cicuta de Sócrates y el Calvario de Jesús, en la pobreza en que vivieron y el olvido en que murieron Cervantes y Camoëns.

»Si se quisiera confirmar con un ejemplo, á más de los ya citados, la verdad de las desconsoladoras consideraciones que de escribir acabamos, bastaría que relatásemos aquí las profundas tristezas que amargaron la no larga vida de D. Francisco Villamartín. No ha de pasar mucho tiempo sin que publiquemos una colección de cartas de Villamartín, dirigidas á nuestro amigo el coronel D. Fernando Casamayor, el cual generosamente nos las cedió, con el objeto de que pudiésemos servirnos de ellas en nuestros estudios acerca de la vida y de los escritos del autor de las *Nociones del arte militar* y en los breves comentarios que acompañaran á las dichas cartas aparecerá puesto en punto de evidencia la exactitud de las indicaciones que en este escrito dejamos consignadas.

(1) Con motivo de la celebración del Centenario de don Álvaro de Bazán, se han publicado gran número de estudios referentes á la vida de tan invicto caudillo, y á la historia de nuestra marina militar, y aun á cuestiones técnicas de la ciencia náutica de la guerra. Al frente de estos escritos se hallan los nombres del capitán de navío D. Cesáreo Fernández Duro, de los capitanes de fragata D. Pelayo Alcalá Galiano, D. Ramón Auñón y D. Patricio Aguirre de Tejada, del teniente de navío D. Eugenio Agacino, y de los Sres. Altolaguirre, Blanco (D. Ramiro), Fernández Bremón, Giner, La Iglesia, Montaldo, Navascués, Sorra, Valladar, y del autor de estas líneas. No es oportuno juzgar en la ocasión presente la valía mayor ó menor de estos escritos.

»Sólo como muestra de la importancia autobiográfica de las cartas de Villamartín, copiaremos ahora un párrafo de una de ellas, párrafo en el cual, para explicar Villamartín la causa de su tardanza en contestar á una carta del coronel Casamayor, comienza la suya diciendo lo siguiente:

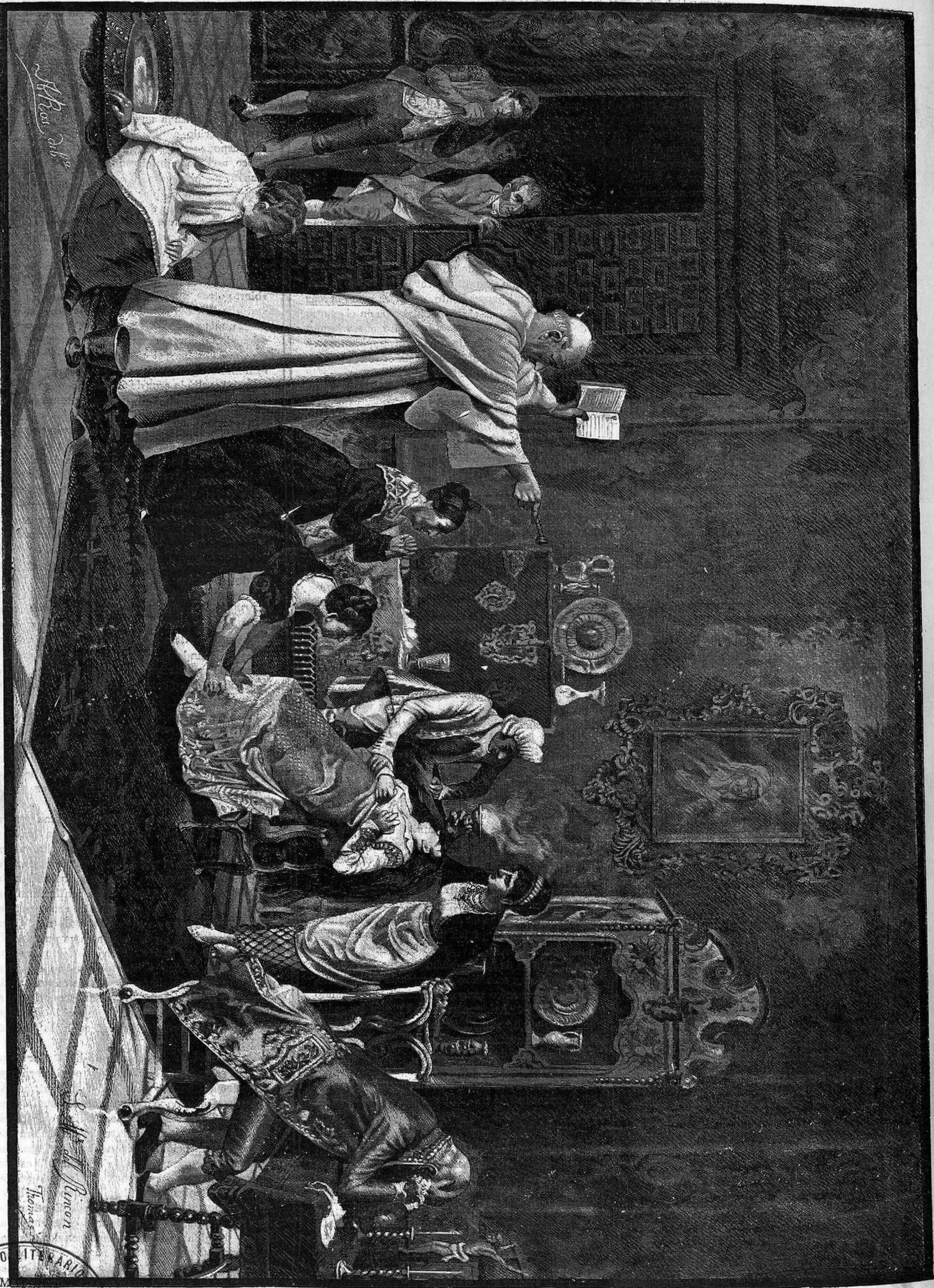
«Mi querido amigo: No le olvido á usted. Por correspondencia, entre personas ilustradas, se conoce, no sólo la inteligencia, sino también el corazón, y ambas cosas valen mucho en usted para que yo pueda olvidar su amistad. Es que me ha sucedido una gran desgracia: he perdido á mi hija única, y este golpe, por razones especiales, ha sido para mí mucho más cruel de lo que hubiera sido para otros padres. No era feliz; pero yo creía serlo, porque toda mi vida se concentraba en los afectos de mi familia; y el vacío de hoy ha descubierta otros, pues lo que antes no me dejaba ver mi hija con sus juegos, ahora lo veo. Veo mi pobreza, mis apuros, los atrasos que me ha proporcionado mi obra, la escasesísima protección que se me ha dado, pues si bien por un rasgo espontáneo y noble del general Lemery, á quien yo no conocía, se me dió la cruz de Carlos III, por influencia Real, el Gobierno nada ha hecho; bien es verdad que yo valgo poco para solicitar.»

»La impía mano del destino, hiriendo en sus más caros afectos al eminente escritor, que sólo en el seno de la familia encontraba la paz del alma y el olvido de sus desventuras; el más ilustre de los tratadistas de milicia nacidos en España, agradeciendo como señalada merced el que se recompensase su mérito con la concesión de una cruz sencilla de la Orden de Carlos III; el hecho de que los gastos de la impresión de las *Nociones del arte militar* ocasionase á su autor atrasos, digámoslo más claro, deudas de las cuales jamás pudo verse libre; todo lo que aparece consignado en el párrafo de la carta de Villamartín, que aquí acabamos de copiar, es á modo de cifra ó somera indicación de ese drama interno que se desenvuelve en la existencia del ser humano, cuando este ser individual pertenece al número de los privilegiados de la Providencia por la grandeza de su corazón y la profundidad de su pensamiento.

»Y, justo es decirlo; el corazón, hablando con más exactitud, el carácter de Villamartín valía tanto ó más que su clarísima inteligencia. Como una prueba de las altas dotes morales del autor de las *Nociones del arte militar*, recordaremos aquí su conducta militar en los turbados tiempos que alcanzó durante su no larga vida.

»Las ideas políticas de Villamartín eran por extremo avanzadas. Republicano por convicción, y algún tanto socialista por ese sentimiento que excita en todo corazón generoso la continua contemplación de la miseria en que viven los desheredados de la fortuna, sus ideas y sus sentimientos parece que le llevaban á figurar entre esos militares revolucionarios que en algunas épocas no lejanas han sido proclamados como héroes populares y libertadores de su patria. Bien es cierto que muchos de esos héroes y libertadores han sido después el más fuerte dique contra los excesos de la demagogia, que, según dicen, amenaza destruir, hasta en sus cimientos la inmejorable sociedad que hoy constituimos los felices hijos del siglo XIX.

»Villamartín no fué nunca ni libertador de su patria ni salvador de la sociedad, pues creyó que, si bien tenía libertad para poder discurrir acerca de la organización que debían tener el Estado y las instituciones sociales, su deber militar consistía en obedecer al Gobierno constituido, cualquiera que fuese su significación y su tendencia política. Por esta causa, el pensamiento de Villamartín estaba del lado de allá, y su persona del lado de acá del puente de Alcolea, en la batalla que decidió el triunfo inmediato de la revolución de Septiembre. Nosotros mismos hemos leído una carta de Villamartín, dirigida á su prima hermana doña Isabel Villamartín, donde, después de hacer alguna breve consideración sobre la batalla de Alcolea, y de manifestar que el general marqués de Novaliches le



BELLAS ARTES.—EL EXORCISMO (Cuadro de Bincho.)





BELLAS ARTES.—TRAVESURAS DE LA MODELO (Cuadro de Madrazo.)



había concedido el ascenso á teniente coronel, indicaba las dudas que tenía de que el Gobierno revolucionario le confirmase dicho ascenso, y á pesar de esto, terminaba expresando la satisfacción que sentía por el triunfo de la idea liberal, que en aquel entonces se hallaba simbolizada en la revolución de Septiembre.

»Acertadamente procedía el autor de las *Nociones del arte militar*, cuando, á pesar de sus avanzadas ideas políticas, prestaba siempre su obediencia al Gobierno que *de hecho* existía en su patria; pues si bien así no alcanzaba medros personales y murió sin pasar del modesto empleo de comandante, en cambio jamás podrá ser incluido en aquella acerba censura que dirigía D. Antonio Benavides, desde la cátedra del Ateneo de Madrid, á ciertos militares españoles, diciendo que en la España contemporánea la libertad la traía y la llevaba el ejército, *pronunciándose ó despronunciándose* según lo tenía por conveniente.

»Villamartín, felicitándose del triunfo de sus ideas políticas, cuyo fruto le ocasionaba la pérdida de un ascenso en su carrera, por haber cumplido fielmente lo que, según su juicio, constituye el deber militar, es un ejemplo de abnegación digno de loa en toda época, y más aún en la presente, donde el desapoderado afán de medros personales suele ser la constante norma que rige la conducta de muchos de nuestros héroes y celebridades contemporáneas.»

LUIS VIDART.

(Se continuará.)

A MI BUEN AMIGO

EL PUNDONOROSO MILITAR D. VICENTE MORA

Ante el cadáver de su malograda hija.

Vicente, resignación;
la pérdida no te aflija;
que si falleció tu hija
terminó su expiación.

El mundo es sólo un calvario
do germina el desconsuelo;
tiene un fin: ese es el cielo,
donde mora tu Rosario.

Su recuerdo no taladra
tu angustiado corazón;
mas eleva una oración
como sólo lo hace un padre.

Somos manojos de huesos
con envoltura carnal,
y en el mundo terrenal
vivimos, Vicente, presos.

Al querer la eternidad,
no pensamos cuerdamente;
deja al alma libremente
recobrar su libertad.

¿Qué da el mundo? Desengaños.
Vivir gimiendo entre abrojos,
y con el llanto en los ojos
se van pasando los años.

Así se cumple la suerte
que marca nuestro camino;
si eso, amigo, es el destino,
es preferible la muerte.

.....
.....

Recemos juntos los dos
unidos por dulces lazos;
tienes, Vicente, mis brazos
y la bendición de Dios.

DAVID PARDO GIL.

Las maneras y las modas.

(REDUCCIÓN DE UN ESTUDIO DE HERBERT SPENCER)

Que las primitivas agrupaciones sociales fueron regidas exclusivamente por la voluntad del hombre más fuerte, pocos hay que lo duden. Que del hombre más fuerte procedió, no sólo la monarquía, sino la concepción de un dios, lo han probado ya Carlyle y otros. Antes que la experiencia enseñase á los hombres á distinguir lo posible de lo imposible, y cuando se encontraban dispuestos á atribuir poderes misteriosos á cualquier objeto y adorarlos, sus conceptos acerca de la humanidad eran necesariamente muy vagos y sin límites precisos. El hombre que por una fuerza extraordinaria ó por una habilidad especial realizaba una empresa en que los demás habían fracasado, ó bien se ocupaba de cosas superiores á la inteligencia de los demás, se consideraba por todos como un ser diferente.

Obsérvese que los dioses fueron imaginados, lo mismo que los hombres, en su figura característica, y hasta en los trajes que sus nombres fueron literalmente el «fuerte», el «destructor», el «poderoso»; que según la mitología escandinava, también los dioses cumplían por sí mismos el sagrado deber de lavar con sangre los ultrajes, y también hay que recordar que no solamente eran humanos en sus venganzas y en sus luchas, sino que se les atribuían amores en la tierra y gusto por los alimentos que se colocaban en sus altares.

Además, la idea de la muerte era muy diferente en un principio de la que nosotros tenemos; todavía hay tribus entre las cuales al morir uno de sus miembros procura mantener el cuerpo en pie y ponerle alimento en la boca: entre los Fidjis hay la creencia de que es preciso matar dos veces al enemigo; los paganos de Oriente dan al alma extensión y figura y le atribuyen las mismas sustancias, tanto sólidas como líquidas, de que se componen nuestros cuerpos; y es costumbre entre muchas razas bárbaras enterrar al lado del cadáver alimentos, armas y alhajas, en la creencia de que en seguida ha de tener necesidad de estas cosas.

El otro mundo, según se imaginaba en su origen, era simplemente algún punto distante de este mundo; unos Campos Elíseos ó un excelente terreno para cazar, que era accesible hasta para los vivos, y donde después de la muerte van los hombres con la esperanza de encontrar una vida análoga en lo general á la que acaban de dejar. En suma; atribuir á los jefes y á los hombres que saben curar un poder misterioso; creer en dioses que tienen forma humana y las mismas pasiones y sistema de conducta que los hombres; comprender de un modo imperfecto la idea de la muerte como distinta de la idea de la vida, y la proximidad del otro mundo y su semejanza con el nuestro, conducían sin duda á esta conclusión: que el dios primitivo es el jefe muerto, no precisamente muerto en el sentido en que nosotros lo entendemos, sino en el de haber partido con armas y provisiones á alguna región distante, á algún país privilegiado en que reina la abundancia, donde hace mucho tiempo quería llevar á todos los individuos de su séquito, y de donde ha de volver para llevarlos consigo.

Esta hipótesis explica perfectamente todas las ideas y prácticas primitivas. Como los hijos del jefe divinizado reinan después de él, por necesidad se han de mirar todos los antiguos reyes como descendientes de los dioses. Así, en Asiria como en Egipto, entre los judíos, los fenicios y los antiguos bretones, los nombres de los reyes se formaron de los nombres de los dioses. La formación del politeísmo, desprendiéndose inmediatamente del fetiquismo por las sucesivas emigraciones de la raza de los dioses-reyes al otro mundo, viene en apoyo de la misma idea. Se explica del mismo modo el hecho de que en las antiguas creencias, así como en las actuales de los habitantes de Otahiti, cada familia tenga su espíritu protector, que se supone es uno de los parientes que partieron,

ofreciendo sacrificios á éstos que consideran como dioses menores, práctica que todavía subsiste entre los chinos y hasta entre los rusos. Esta hipótesis está de acuerdo con los mitos griegos, relativos á las guerras de los dioses con los titanes y con las súplicas hechas por los pueblos primitivos á sus dioses, para que vengan á auxiliarlos en las batallas, porque esperan realmente que sus dioses vengan de esos otros reinos donde mandan; y basta citar la *Iliada* para que se recuerde cuán firmemente creían que se realizaría su esperanza.

Como todo Gobierno es en su origen el del hombre que ha llegado á ser objeto de adoración por haber manifestado superioridad á su muerte, ó más bien, su partida para una larga expedición con los esclavos y mujeres que se sacrifican sobre su tumba, aparece la incipiente división entre la autoridad religiosa y la política, ó sea entre la dirección civil y la espiritual.

Su hijo se designa como jefe; gobierna á nombre de la autoridad del padre, invoca su venganza contra los que desobedezcan á éste, y sus mandatos, conocidos ó nuevos, son el germen de su código moral. De ahí que en los primitivos códigos de moral se recomienden principalmente las virtudes guerreras y la obligación de exterminar alguna tribu vecina, cuya existencia es una ofensa al dios.

Trova.

I

Recuerdo que una tarde
me dijiste, sentada en mis rodillas:
«El amor es la vida de las almas.
Cuando muere el amor, huye esa vida.»
Yo te miré extasiado,
y tú, loca de amor, me sonreías;
yo, al contemplar la luz fosforescente
de tus negras pupilas,
no pude contenerme: te di un beso,
y aún recuerdo también, amada mía,
que con el beso aquél dejé grabada
la huella de mi boca en tu mejilla.

II

Hoy que contemplo rotos
los tiernos lazos que antes nos unían,
dedicando un recuerdo á aquel poema
que escribiste sentada en mis rodillas;
digo, al sentir la enfermedad terrible
que mi existencia mina:
«Si es el amor la vida de las almas,
¡ay! ¡cuántas almas estarán sin vida!»

CARLOS MIRANDA

TRAGEDIAS DEL ARROYO

POR JUAN VALERO MARTÍN

(Continuación.)

En los comienzos de esta mal narrada historia dijimos, si la memoria no nos es ingrata (y por si entonces no lo dijimos lo decimos ahora), que la familia de Pedro se componía de tres personas; dos de ellas nos son conocidas, según reza la primera parte; pero faltanos trabar conocimiento con la tercera, que es á la sazón una muchacha de quince Años, y que ha sido siempre la hija de Pedro y Elisa, morena y vivaracha, como su madre; era su propio retrato, llevándola ventaja en lo hermosa, y usando de modales tan elegantes y de palabras tan rebuscadas, que en nada se parecían ni á las sencillas de su madre, ni á las ingenuas y casi rudas de Pedro; en cuanto á su vestido, era bien distinto del que usaba Elisa cuando en sus primeros años, y tan hermosa casi como su hija, servía á doña Mónica y sufría las impertinencias del hijo de D. Francisco. Entonces un vestidillo de percal parecía á Elisa digno de una duquesa, y cuando se miraba en el espejito de la sala de doña Mónica sonreía al verse tan rica y

elegante. Su hija era otra cosa: desde los primeros años de su vida había adquirido hábitos bien distintos. Pedro nunca fué rico, pero sí disponía de algunas economías, procedentes unas de la raquí-tica, pero al fin herencia de su padre, y otras del fruto de su trabajo; así es que apenas Honorina cumplió los seis años, fué puesta como pensionista en un colegio, porque, según sus padres, antes se quedarían sin comer que permitir que su hija fuera una ignorante como ellos.

Honorina era delgadita y nerviosa; sus facciones perfectamente modeladas, y su cuerpo airoso y bien formado, prometían formar con el tiempo una mujer hermosísima; y sus ojos, negros como el azabache, que resaltaban con la palidez de su tez, anunciaban una vivacidad y un talento que, si entonces era prematuro, había de ser prodigioso más tarde.

El primer día que la niña fué al colegio fué de verdadero júbilo para los padres; iba á codearse con señoritas, iba á aprender todas esas cosas que ellos ignoraban; aprendería á leer y escribir, eso desde luego; pero además aprendería á bordar, y piano, y francés: ¿qué papel iba á hacer en el mundo sin saber francés, ahora que todos lo hablaban? Eso no lo sabían ellos, pero se lo había dicho á Elisa la profesora, que sabía mucho y era una señorona; su hija tenía que saber presentarse en cualquier lado; algo caro le pareció á Pedro la mesuralidad que había de dar á la profesora; pero trabajando él á destajo y zurciendo Elisa por la noche, además de hacerlo durante el día, reunirían lo suficiente; algo habían de hacer: al fin y al cabo era su hija. Desde muy temprano, Elisa se ocupaba en vestir y lavar á su hija, mientras ésta palmoteaba de contento. Pedro miraba la operación, no quería dejar de verla con los zapatitos nuevos y el delantalito blanco que estrenaba para ir al colegio; verdad que iría un poco más tarde al trabajo, pero ¡qué demonio! en una hora no se ganó Zamora.

Después de muchos toques y discusiones, y después de sujetar los cabellos de la niña con una cinta rosa, regalo de Elisa, y comprada ¡sabe Dios si en lugar de un panecillo! comenzaron á besarla con delirio. ¡Qué guapa estaba! parecía una señorita. Elisa la miraba con deleite, mientras se deslizaba una lágrima por su mejilla; acaso pensaba que ella no tuvo madre que la regalara cintas; fué á besarla, y la lágrima cayó sobre el delantalillo de la niña, que, limpiándose con seriedad cómica y mirando, con el entrecejo fruncido, á su madre murmuró:

—Mamá, que me manchas.

—Tiene razón la señorita, dijo ésta mientras la daba golpecitos en los bajos de las faltas para hacerlas caer más á plomo.

Todo el día pasó Elisa pensando en la vuelta de la niña. ¿Volvería contenta? De seguro que todo el día lo había pasado pensando en ella, ¡como nunca se habían separado! deseaba con toda el alma que sonara la hora de recogerla: ¡la echaba tanto de menos! parecía la casa un convento, no se oía ningún ruido; la verdad es que Elisa no podía vivir sin las travesuras de la niña, á pesar de que algunas veces necesitaba ponerse seria; no podía pasar sin oír su acento, sin escuchar los diálogos que sostenía con alguna silla cuando jugaba á las visitas, ó cuando, figurándose una gran señora, la daba órdenes y la preguntaba su parecer sobre el tocado, que era regularmente un pañuelo sobre la cabeza y otro prendido á la falda, por la parte de detrás, figurando una cola muy larga; entonces la niña se erguía, y con paso majestuoso recorría la habitación en distintas direcciones, con la majestad de una Reina que recorre sus salones en una noche de recepción. ¡Oh, si mi niña muriera!... Y con sólo pensarlo Elisa rompió á llorar con el mismo desconsuelo que si el triste pensamiento fuera una realidad.

Llegó la tarde; media hora antes de la marcada para salir las niñas del colegio estaba Elisa sentada en los bancos del recibimiento, donde esperaban ya algunas criadas; las niñas se dedicaban en este momento á cantar con voces chillonas y des-templadas una letanía, en que dominaba la voz de

la profesora que la dirigía, y que interrumpía frecuentemente la rutina para amonestar á alguna enredadora ó para mandar que no pronunciaran tanto última letra del *ora pro nobis*; sobre los bancos de madera pegados á la pared se extendían todo á lo largo del recibimiento y de un largo pasillo que había á la derecha, y que conducía á las clases, una doble hilera de perchas, sobre las cuales se leía el número de cada una, y de las que pendían multitud de abrigos, de sombreros y de toquillas; casi todos los abrigos ostentaban pieles y telas caras; sólo en el núm. 36 se veía pendiente del clavo un sombrerillo tan pobre, que parecía avergonzado de sí mismo.

Cesó, por fin, el canto, y una de las profesoras, colocada en el umbral de la puerta, iba llamando por su nombre á las niñas, cuyas criadas esperaban ya, y que iban saliendo una por una después de besar la mano á su directora.

—¡La señorita Honorina López! gritó al fin la profesora.

—Honorina salió corriendo, y se arrojó en los brazos de su madre, gritando: ¡mamá, mamá!

—¡Calla! añadió otra niña que seguía detrás; ¡es su mamá esa mujer; qué mal vestida está! mi mamá lleva sombrero.

—¡Calle usted, niña! dijo la profesora sonriendo.

Elisa hizo como si no lo hubiera oído, pero se juró á sí misma que al otro día su niña tendría un abrigo como aquellos, y ella un manto para acompañarla; la madre de una señorita tenía la obligación de ser una señora.

Al otro día Honorina colgó bajo su sombrero un abrigo, y cuando su madre fué á recogerla, envolvía la negra cabellera entre los pliegues de un manto. Al sábado siguiente, cuando Pedro fué á cobrar su jornal, le descontaron buena parte, y de todos los trabajos que entregó Elisa durante la semana, no cobró un solo real; los había cobrado adelantados, pero la niña tenía un abrigo elegante y la madre un manto.

Otro día entró Honorina llorando en su casa.

—¿Qué te pasa, hija mía?

—Ninguna niña quiere jugar conmigo, porque todas tienen muñeca y comba para la hora del recreo, y yo no la tengo, dijo la niña llorando amargamente.

—¿Por eso lloras? No llores, hija, no llores; mañana mismo tienes tú una muñeca así de grande.

Y Elisa abrió los brazos en cruz para señalar el tamaño.

Cuando Pedro volvió del trabajo, encontró á su hija acunando una muñeca casi tan grande como ella.

—¿Quién te ha dado eso? preguntó señalando la muñeca.

—Me la ha comprado mamá.

Pedro se volvió á su mujer.

—No me regañes, hombre, dijo ésta; no he gastado más que treinta reales, y el cuarto lo mismo da pagarlo hoy que mañana.

Iba á contestar; pero la niña se acercó á él, diciendo:

—Mira qué bonita es tu nieta.

Pedro sonrió y abrazó á la niña, que á su vez no dejaba la muñeca de entre los brazos; estaba completamente desarmado.

Así transcurrió el tiempo; Dios sabe á costa de cuántos sacrificios los padres de Honorina satisfacían todas sus necesidades, y hasta muchos de sus caprichos: primero la niña sólo pedía muñecas y juguetes; luego quiso trajes, sombreros y encajes; más tarde quiso joyas y suspiraba por vivir de otra manera, según su expresión gráfica. Entonces empezaron los verdaderos disgustos: la niña tenía ya doce años y Pedro había gastado en su educación lo poco que heredó de su padre; más aún, Pedro tenía deudas; un mes antes de abandonar la niña el colegio fué menester abandonar el sotabanco que habitaban desde su matrimonio y que había sido testigo de los únicos momentos felices del matrimonio López, para evitar que los tenderos del barrio hicieran un continuo jubileo de la escalera de la casa, en demanda del dinero que Pedro

les debía y que estaba completamente imposibilitado de reintegrarles; era menester huir al otro lado de Madrid, era necesario alejarse de aquel centro donde les señalaban con el dedo, sirviendo de mofa cada vez que la niña atravesaba la calle con su sombrerillo, y la madre la acompañaba vestida de señora.

—¡Miren, miren la señora, decían; no lleva poco humo, más valiera que pagara lo que debe y se dejara de polisonos y perifollos! ¡Vaya, y que sienta mal el *Don* con el *Tisuleque!*

Elisa subía llorando á su casa, pero se guardaba bien de comunicar á su marido sus penas; demasiadas tenía, sin aumentárselas con otras nuevas.

Mientras tanto, Honorina tenía cada vez más exigencias; cuando oyó hablar de mudarse, propuso en seguida que se hiciera á un cuarto mayor y en calle más céntrica; según ella, cuando saliese del colegio sus amigas habían de ir á visitarla á su casa, y que iban á decir cuando vieran aquel *ajuar*, ellas que hablaban constantemente de sus gabinetes. Pedro y Elisa contestaron á esta demanda con una sonrisa de amargura; un instante antes habían estado hablando de la misma mudanza, pero en términos bien distintos; los dos convenían en que habían querido salir de su esfera, y los dos tenían la certidumbre de que, de haber remedio, era bien difícil; pero á pesar de esto, á pesar de ver su obra y á pesar de que lo que más temían era el porvenir de su hija, ninguno tenía valor para afrontar de frente la situación, en lo que se refería á Honorina, y hablarla claro; ambos comprendían que era necesario, pero no se atrevían á confesárselo el uno al otro; los dos temían ser el más culpable á pesar de querer disculparse consigo mismo; no encontraban el medio de hacerlo. Elisa había ayudado siempre á la niña para conseguir de Pedro la satisfacción de sus caprichos, y éste había sido demasiado débil, esto era todo; pero, por desgracia, suficiente.

Se hizo la mudanza, bien á disgusto, por cierto, de la niña, y se la retiró del colegio; entonces ocurrió un incidente digno de apuntarse.

Honorina, á los doce años, era una mujer en toda la extensión de la palabra; sus formas eran correctas y elegantes, y ya sabemos que sus modales no carecían de distinción: todo esto acompañado de un rostro en que parecía que Dios había querido reunir todas las perfecciones; de un cutis blanco y transparente, bajo el cual serpenteaban graciosas venas azules, y de una inteligencia superior á sus años; no exenta de picardía, lo cual daba á su fisonomía cierto aire burlón y punzante, que cautivaba.

—Mamá, dijo un día Honorina; veo que no os ocupáis para nada de mí, y tengo que suplicaros una cosa.

—¿Qué quieres, hija mía?

—Una cosa muy sencilla; debía habérselo ocurrido.

—Pues no sé qué es, contestó la madre después de reflexionar un momento.

—Yo tengo cerca de trece años.

—Por Abril los cumplés.

—Estoy ya muy alta, y parezco una mujer.

—Es verdad; no es pasión de madre, pero estás muy guapa.

—Pues mira, mamá; es una vergüenza que vaya todavía con las piernas al aire; yo quiero que me pongáis de largo.

—También yo se lo he dicho á tu padre, pero ahora no puede ser; yo te ofrezco que en la primera ocasión...

—Siempre me dices lo mismo; á todo en la primera ocasión: ¡cuidado que soy desgraciada!

Y Honorina rompió á llorar; era un recurso infalible para hacer todo lo que se le antojaba.

(Continuará.)





PASIONES DISCULPABLES

U
 flos
 una
 obti
 muy
 cen
 com
 Glas
 E
 H
 de l
 de p
 kilo
 mas
 dos
 pan
 pre
 tota
 ria,
 kilo
 26.2
 com
 ent
 cen
 7.7
 17.5
 kilo
 I
 (2.3
 cor
 dos
 sal
 vos
 I
 dur
 se
 tos
 ris
 fre
 lac
 bl
 CH
 az
 me
 aln
 de
 gio
 la
 se
 y
 me
 ri
 ta
 ri
 pl
 pr
 la
 gl
 de
 á
 tr
 tr
 V
 m
 e
 fr
 d

Variedades y notas.

Un ingeniero inglés ha inventado unos travesaños formados por dos placas de vidrio, unidas por una barra de hierro. El vidrio que se emplea se obtiene por la fusión de una variedad de granito, muy común en Inglaterra. Estos travesaños ofrecen en los choques una resistencia considerable, como lo han probado ensayos hechos con éxito en Glasgow.

El coste de este invento es muy poco.

He aquí, á grandes rasgos, una estadística curiosa de los comestibles que consume París. El número de panaderos es de 1.798. El precio medio de los dos kilogramos de pan, que en 1884 fué de 743 milésimas, fué el año pasado de 769 milésimas, observándose que en los barrios aristocráticos se vendía el pan á 85 céntimos, mientras que en los pobres el precio ordinario era de 55 céntimos. El consumo total de carnes (vacas, ternera, carnero, salchichería, caballo, etc.), fué durante 1887 de 187.953.739 kilogramos. Las aves y caza introducidas, de 26.297.359 kilogramos. Las frutas y legumbres, como en general no están sujetas á derechos de entrada, no han podido calcularse. El pescado ascendió á 5.995.330 kilogramos, y las ostras á 7.789.966 kilogramos. Las mantecas figuran por 17.999.916 kilogramos: los huevos por 21.405.844 kilogramos, y los quesos por 5.332.194.

Repartiendo estas cifras entre la población, (2.344.550 habitantes), resulta que cada uno ha consumido: 147 kilogramos de pan, 11 de pescado, dos de ostras, 11 de aves y caza, 63 de carne, 10 de salchichería, 7 de manteca, 3 de queso, 182 de huevos, y 185 litros de vino.

El papel picado tiene un gran empleo en la industria, y gracias á la facilidad con que se trabaja, se usa en la fabricación de esos innumerables objetos conocidos bajo el nombre de «artículos de París», que se venden bajo formas tan diversas: cofrecillos, cajas, brazaletes, escribanías, platos de laca, y una porción más, que son vendidos al público como traídos directamente del Japón ó de la China.

Este producto, que tiene por base un papel gris-azulado sin goma, hecho de algodón, se obtiene por medio de varias hojas, pegadas unas con otras con almidón ó harina; cuando tienen el grueso que se desea, se someten estas hojas á una presión enérgica bajo una prensa hidráulica. Todavía húmeda la pasta, colocada en un molde, toma la forma que se quiere; una vez seca, adquiere la dureza del boj, y se puede trabajar á sierra, á torno y de todos modos.

En el segundo y último concurso de globos verificado en París, han tomado parte cinco aeronautas, á pesar del mal tiempo.

La meta era Dammartin, á 32 kilómetros de París, sobre la línea de Soissons.

El viaje fué muy accidentado; la lluvia mojó completamente los globos, y los aeronautas se desprendieron de una cantidad muy considerable de lastre (más de 20 kilos) y hasta de las telas de los globos.

Más hábil M. Gordar, atravesó las nubes sin desprenderse de lastre, lo que contribuyó sin duda á su segunda victoria.

Este célebre aeróstata alcanzó la medalla y triunfó de sus contrincantes, tocando tierra á cuatro kilómetros seiscientos metros de Dammartin.

La Compañía del freno de aire comprimido Westinghonne acaba de adoptar un nuevo sistema de señales de alarma para uso de los viajeros.

El agente principal de este aparato es el aire comprimido por la máquina para que funcione el freno.

Un silbato de señales, situado en el tender, puede ser puesto en acción por medio de una válvula,

unida á un diafragma movable que divide en dos partes el depósito de aire; una de estas partes está en comunicación con un conducto largo que atraviesa todos los vagones; la otra está unida al depósito. En estado normal, la presión influye igualmente en las dos partes; el diafragma queda inmóvil, y el silbato de alarma no funciona. El conducto que une los vagones tiene en cada compartimento una válvula movable, sujeta con un cordón. Al tirar de este cordón se cierra la válvula correspondiente; la presión del reservado del tender es importada entonces al conducto de los vagones; el diafragma puesto en movimiento choca con la válvula de señal de alarma, y queda advertido el peligro.

Cuento de amores.

(Conclusión.)

VI

A la caída de la tarde, en esa hora crepuscular en que el día entorna los ojos al primer beso de la noche, la nave de Miguel volaba hacia el Pireo.

¡Nido de amores en cuyo fondo se fundían dos almas, dos vidas, dos alientos!

El mar, feliz de sustentarlo, lo mecía blandamente, soplabla la brisa con dulzura y el cielo tendía sobre él su pabellón de azuladas sombras, tachonado de estrellas.

En tanto que la nave huía mar adentro, aquella casita blanca como las nieves del Septentrion y aquel huerto perfumado y hermoso como el ramillete de una desposada, decían suspirando amargamente:

LA CASITA

«¡Ay, triste y sin ventura de mí!

»La perla se ha desprendido de su concha; la estrella ha abandonado los cielos; la flor se ha caído de la rama; ya no veré más á Fany.

»¡Qué ingratos son los amantes!

»Me abandona, á mí que le abrigué toda la vida, por el hombre á quien apenas si conocí ha una hora!

»Ya no proyectaré su sombra, ni recogeré el ruido de sus pasos; ya no me alegrará el eco de sus voces, ni sus ojos iluminarán mi espacio.

»Con ella he perdido mi alma; antes era como jaula, ahora soy como sepulcro vacío; ayer luz y alegría, hoy sombra y tristeza.

»Quiero morir; el dolor agrieta mis muros, mis paredes tiemblan de frío, mis techos se abren de dolor; quiero morir, desmoronarme, hundirme; que no quedé de mí piedra sobre piedra.

»Huracán, derríbame; rayo, abrásame; Océano, arrástrame á tus abismos.

»¡Ah, qué ingratos son los amantes!»

EL HUERTO

«Es verdad, es verdad; los seres que aman son egoístas, ingratos y crueles; por una mirada lo olvidan todo; por un beso todo lo abandonan; por un desconocido cualquiera huyen de la madre á quien deben la vida, del padre que les dió amparo y sustento y del hogar que les sirvió de abrigo.

»Fany, ¿qué no me debe? ¿qué sacrificios no hice por ella?

»Yo alegré su tristeza, consolé su amargura, distraje sus ocios, la acompañé en sus melancolías y fui medicina en sus enfermedades.

»La dí agua con la que refrescó su cuerpo, flores que adornaron sus cabellos y los sabrosos frutos de que gustaban sus labios.

»La miel de mis colmenas era para su regalo; el perfumado aliento que respiraba, á mí me lo debía, y en mi seno pasó las horas felices de su existencia.

»¡Cuántas veces, viéndola pensativa, la acaricié con las ramas de mis árboles, la hablé con los arrullos de la fuente y la adormecí con el canto de las aves!

»¡Y hoy me abandona!

»¡Qué ingratos y crueles hace á los seres el amor!»

En torno de la casita y del huerto descendieron multitud de espíritus desconsolados.

Todos ellos se quejaban de ausencia, olvido y abandono; todos ellos decían con la casita y el huerto:

—¡Qué ingratos son los amantes!

Lágrimas y suspiros, ayes y quejas, frases de amargura y gritos de desesperación llenaban los aires, cuando se oyó un acento dulce y penetrante que venía de la altura.

LA VOZ

Callad, callad, almas viudas;
no aumentéis vuestros tormentos,
con estériles lamentos
y vanas quejas; callad.

Quien ama lleva en sí mismo
toda posible ventura;
si queréis tanta amargura
trocar en placer, amad.

No es ingrato ni egoísta
quien por amor abandona;
jamás, jamás ocasiona,
quien ama y siente, dolor.

Los seres que habéis perdido,
¿quizá les habéis amado?
Tal vez todo á vuestro lado
tuvieron menos amor.

¡Amor, amor!... Sus caprichos
en tierra y cielo son leyes;
mundos, naciones y reyes
los gobierna á su placer;
todo en la naturaleza
venera y canta su nombre;
él es la vida del hombre
y el alma de la mujer.

VII

La felicidad tiene también su amargura: el temor de perderla. Esta era la única nube que oscurecía el alma tierna é impresionable de Fany.

— La realidad de mis amores, pensaba, ha sobrepasado á mis sueños de mujer, á mis ilusiones de doncella y á mis esperanzas de virgen. Ideaba el amor grande, y es inmenso; el placer que imaginé, sombra del que disfruté.

«El amor de Miguel es firme como el cedro del Líbano; sus palabras como perfume de la Arabia; sus besos como la miel del Himeto.»

»He conseguido la suprema ventura; tengo cuanto codiciaba, y todavía ambiciono; aún no estoy satisfecha, deseo algo... ¿Qué? No lo sé.»

Fany quedó pensativa; después, echando atrás la cabeza, interrogó con la mirada al cielo, al Océano y la tierra.

— Sí; ya sé lo que quiero; un imposible: fijar lo mudable, eternizar lo pasajero, convertir lo pequeño en infinito, lo limitado hacerlo absoluto, y lo que muere, inmortal; llenar todo tiempo y espacio con aquel momento en que brazos, labios y alientos confundidos, la pasión responde á la pasión, los deseos á los deseos y el placer al placer...

Un beso de Miguel interrumpió sus ideas.

—¿No me esperabas?

—Para mí nunca estás ausente; tú llenas mi corazón y pensamientos.

Miguel rodeó la cintura de Fany y la condujo lentamente al extremo de un promontorio que se internaba en el Océano, desde el cual, allá á lo lejos, en el punto remoto en que se desvanecen y confunden el mar y el horizonte, Fany creyó distinguir la imagen soñada de lo eterno, inmortal é infinito.

—¿En qué piensas?

—¿Me quieres?

—Muchísimo.

—Si tu amor se midiera, ¿qué espacio llenaría?

—Todo el espacio.

—¿Y si se pesara?

—Lo que todos los astros.

—¿Cómo te engañas!

—¿Qué quieres decirme?

—Escucha. El sol es luminoso siempre, la flor...

despide su aroma hasta después de muerta, el mar no reposa un instante y el corazón palpita en el sueño. Mira tú cómo, sin llenar todo el espacio, ni pesar todos los astros, el corazón, el mar, la flor y el sol no cesan un punto de ser luz, perfume, actividad y vida. En cambio, tu amor, con ser tan grande como dices, ¿en qué se manifiesta?... En un beso que, apenas nacido, muere.

—Te besaré mil y mil veces.

—No, no; quiero un beso que no se extinga jamás, único, eterno.

El amor enardeció la sangre de ambos amantes, se enlazaron sus brazos y, estrechándose el uno con el otro, sus cuerpos se fundieron como dos corrientes que se encuentran y siguen un mismo cauce.

—Sí; un solo beso.

—Uno solo.

—Uno.

Fany arrastró suavemente á Miguel á la roca que sobre el mar se inclinaba y, resbalando, unidos en un solo beso, en un solo goce y en un mismo amor, desaparecieron bajo las aguas.

VICENTE COLORADO.

El capitán Monistrol.

por C. Monselet.

Había perdido una apuesta con el capitán Monistrol, y era llegado el día de pagarla. Consistía en un almuerzo de nueve cubiertos, el número de las Musas. Pero aquí las Musas estaban representadas por abogados, estudiantes, gente de mundo, amigos comunes que habían sido testigos de la apuesta.

A la hora convenida fui á buscar á Eduardo, uno de mis convidados, que habitaba en la misma casa y piso que el capitán Monistrol. Era éste un hombre de cuarenta y cinco años próximamente, retirado del servicio y defensor acérrimo del celibato. Se había portado como un héroe en la última campaña de Africa. Añadiré que, bajo su aspecto lúgubre, se notaban en él un carácter alegre y bromista, que procuraba disimular más ó menos, según las personas y las circunstancias.

—¿Estás dispuesto? dije á Eduardo entrando en su habitación.

—Déjame terminar este cigarro, y soy al instante contigo, me respondió.

—Mira que nuestra cita en el café de Helder es para el medio día, y son ya las once y tres cuartos.

—Vas adelantado; apenas es la media, dijo levantando la vista hacia el reloj.

—No importa; toma el sombrero y vamos á recoger al capitán Monistrol.

Eduardo no se movió de su asiento.

—¡Oh! exclamó; el capitán no podrá ir antes de veinte minutos al café... Se está preparando.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que estará en este momento *matarando el gusanillo*.

Yo miraba á Eduardo con tales muestras de inquietud, que no pudo menos de prorrumper en carcajadas.

—Es natural, me dijo; tú no conoces al capitán Monistrol; te voy á poner en antecedentes. El capitán Monistrol, que es, como sabes, el hombre mejor del mundo, ha contraído en Africa una costumbre deplorable: beber ajeno. Se avergüenza y se oculta todos los días para beber cinco ó seis vasos de este líquido infernal.

—¡Cinco ó seis vasos!

—Eso lo menos. El llama á esto, en el pintoresco lenguaje del campo, *matar el gusanillo*. Hoy, que le espera un buen almuerzo, estoy seguro que matará algunos más. Pero si quieres nos podemos cerciorar.

—¿Cómo? ¿de qué medio?...

—Sígueme sin meter ruido.

Eduardo se levantó de la butaca y pasó á un corredor circular, que terminaba en una puerta vidriera.

Yo le seguía en silencio. Allí, por la abertura de una cortina, me hizo ver al capitán Monistrol sentado delante de una mesa, en que había una enorme botella y un gran vaso. Por primera vez notaba el color rojo de sus pómulos, que contrastaba con la palidez mate del resto de la cara. Hablaba alto, y sus palabras llegaban á mí distintamente.

—Si quieres asistir á una comedia que ya me sé de memoria, me dijo Eduardo al oírlo, queda te aquí; yo voy á vestirme y vuelvo al momento.

Héme, pues, solo, examinando clandestinamente al capitán Monistrol, que bebe su ajeno á grandes sorbos, como lo recomiendan los maestros, y parecía estar completamente satisfecho. Dejó el vaso sobre la mesa, y pasados algunos minutos, lo llevó á los labios y bebió pausadamente, descansando como los actores. Terminada esta operación, el capitán se frotó las manos y después de muchos ¡Hum, hum! de satisfacción, empezó el siguiente monólogo:

—Esto va bien... dos vasos, me parece que soy razonable... la causa es ese almuerzo, que sin duda alguna será opíparo... pero al mismo tiempo... esto es higiénico... muy higiénico... dos vasos... es bastante; si tomase más sería un abuso... lo guardaré... sí, lo guardaré...; no hay ningún motivo para reincidir... ninguno... ninguno.

Al decir esto, el capitán Monistrol miraba á su alrededor, parecía estar avergonzado; tomaba la botella de ajeno, repitiendo maquinalmente: «Ninguno... ninguno...» Quédoose pensativo, suspirando. Yo no comprendía nada absolutamente. De repente, le ví dirigirse sonriendo hacia la puerta y dar dos golpes con los nudillos: «¡Entrad!—El capitán Monistrol, ¿vive aquí? preguntó él mismo disimulando la voz.—Servidor de usted, contestó con su tono natural y haciendo un ademán de recibir una visita. ¿En qué puedo servirlos?—Caballero, no tengo el honor de ser conocido de usted, pero llevo de su país y le traigo recuerdos.—¿De mi familia? ¡Ah, caballero! tened la bondad de tomar asiento.»

El capitán Monistrol ejecuta á conciencia *la mise en scène* de esta entrevista ficticia; aproxima dos sillas, y sentándose en una de ellas, continúa la conversación.

—«Espero, dice á su invisible interlocutor, que tendréis la amabilidad de tomar algo.—Dispensadme, caballero, pero no tomo nada entre horas.—Si fuese alimento, lo comprendo, pero... un vaso de ajeno, eso no quita el apetito, y... justamente lo tengo excelente: ¿qué decís?—Que al fin acepto, sois tan amable, que no puedo desairaros.»

El capitán triunfa: llena dos vasos de ajeno hasta los bordes y se los lleva á los labios con delicia; ya está contento, expansivo.—«¿Y decíais que mi familia se encuentra sin novedad? se pregunta.—Perfectamente.—¿Y mi tía de Hazebrouck?—Sólo habla de usted.—¡A vuestra salud!—¡A la de usted, capitán!» Y dicho esto, apura Monistrol otra copa. «¿No queréis más? le dice á su visitante imaginario.—No, ahora de ninguna manera.—¡Animo!—No, capitán; me es imposible, tengo que hacer unas visitas y me despido de usted.—¿Pero no podéis retardarlas?—De ninguna manera.—¡Es una desgracia!—Sobre todo para mí, capitán.—Al menos permitidme os acompañe.—No puedo permitir...—¡Adiós, pues, caballero!—Servidor, capitán; he tenido un placer inmenso en conoceros.»

Dichas estas palabras, Monistrol simula un ruido de pasos y hace varios saludos; después se acerca á la mesa murmurando: ¡Es muy amable, muy amable!

Confieso que mi curiosidad estaba muy excitada por esta comedia, como la había llamado Eduardo. Me interesaba el capitán Monistrol; le encontraba sosteniendo una lucha con su pasión funesta; admiraba su poderosa imaginación, su inventiva. Este hombre tenía el genio del vicio.

Aunque logré convencerme de que había terminado esta escena, continuaba en mi puesto. El capitán había tapado cuidadosamente la botella de ajeno, y colocó los vasos en la bandeja para guardarlos. Todo había acabado, y ya me disponía á

marchar, cuando ví que de repente se detuvo. Dejó la bandeja sobre la mesa; estaba otra vez indeciso, turbado: dió dos ó tres vueltas por la habitación, gesticulando con furor.

Comprendía que en su espíritu se libraba un combate, pues le oía decir con voz entrecortada: «¡No, no!... es bastante.»

Pareció armarse de valor, tomó otra vez la botella, y se dispuso á guardarla; pero no, se detiene, escucha; ha creído oír llamar á la puerta, y empieza otra vez su diálogo:—«Soy yo todavía, capitán.—¡Como usted!—Me alegro de veras volvernos á ver.—He olvidado el bastón...—¿Sí? busquémosle inmediatamente.—Creo haberlo dejado en la chimenea.—¡En la chimenea! Veamos.» Y Monistrol empieza á buscar por el cuarto hasta que ve su propio bastón.—«¡Ah! exclama; ya pareció.—En efecto, capitán; ya sólo me resta volveros á dar las gracias por vuestra amabilidad.—Un momento; puesto que hemos encontrado el bastón, es necesario tomar un vaso de ajeno, el último.—Os lo agradezco, capitán; pero... me esperan, y...—Acabamos en seguida; es cuestión de un instante.—Con franqueza, es que... el ajeno me trastorna.—¡Bah, bah! un hombre como usted; me hacéis reír: además, no os doy el bastón.—Puesto que lo exigís...—Ciertamente lo exijo.»

Y dos nuevos vasos de ajeno son servidos y saboreados. Pero esta vez la despedida no se prolonga. El capitán Monistrol siente remordimientos; pone al visitante en la puerta, apenas le saluda y oigo que murmura: «¡Venir á molestar, importuno!» Guarda la botella y hace desaparecer los vasos, como si le quemasen los dedos al cogerlos: respira, echa una mirada al espejo, se arregla la corbata, toma el sombrero y sale.

Eduardo y yo le encontramos en la escalera.

—¡Ah, ah! exclama tendiéndonos las manos. Exactos como un reloj. ¡Bravo! ¡Tengo un apetito de cesante!

En el café de Helder nos encontramos á nuestros seis amigos. Uno de ellos se dirige directamente al capitán Monistrol, y le dice:

—¡Capitán, una copa de ajeno!

—Gracias; he renunciado decididamente, contesta Monistrol.

—Antes de almorzar esto no puede hacer daño.

—Bueno, dice el capitán; un vaso de ajeno, vaya...; pero con anisete... mucho anisete...

Por la traducción,

P. HERNÁNDEZ ERENAS.

Oriental.

Bien haya, sultana hermosa,

el dulce amor que me tienes,

aunque aprisiones mi cuello

con esos brazos de nieve.

Bien haya tu dulce boca,

que suaves perfumes vierte,

aunque me abrasen los besos

con que á regalarme viene.

Bien hayan tus ojos negros,

que envidia el sol por ardientes,

aunque el brillo me fascine

y aunque sus rayos me quemén.

¡Bien hayan, sí! que esos brazos,

aunque formados de nieve,

son los únicos que sufro

cuando amorosos me prenden;

Son aquellos en que amante

mi espíritu se adormece,

y aquellos en que, despierto,

el alma se siente alegre;

Son aquellos que me estrechan

con igual cariño siempre,

y me ahogan si me oprimen,

y me pesa que me dejen...

Para formar esa boca,

que un beso de Dios parece,

quitaron del Paraíso

los dos mejores claveles;
 Y porque blanco rocío
 mostraran, si se entreabriesen,
 dos sartas de blancas perlas
 les dió una hurí diligente.
 Dos valiosos diamantes
 tus negros ojos parecen,
 que Mahoma puso un día
 bajo el cielo de tu frente.
 Y si negros los formaron
 por formarlos transparentes,
 fué porque valor no quiten
 á los que Golconda tiene.
 Ellos son los que me animan
 y en valor mi pecho encienden,
 cuando parto á las batallas
 al frente de mis zenetes.
 Por una mirada tuya
 diera el Sultán cien mujeres,
 las más bellas de su harén,
 y sus más bravos jinetes;
 Por un beso de tu boca
 ricos tesoros ofrece,
 y cien caballos briosos
 con riquísimos jaeces.
 Y, según llegó á decirme,
 diera, por ti solamente,
 sus riquezas, sus Estados
 y cuanto en el mundo tiene.
 Pues no hay placer comparable
 al placer de poseerte,
 y no hay riquezas de glorias
 allí donde no te encuentres.
 Por eso que tanto vales
 no quiero, no, que te alejes,
 y quiero gozar la dicha
 que dióme el cielo al traerte;
 Por eso quiero en tus brazos
 cantarte mi amor perenne,
 y reclinar en tu seno
 mi cabeza blandamente...
 Así, estréchame amorosa
 en esos brazos de nieve,
 que, aunque me ahoguen estrechos,
 no quiero, no, que me dejen:
 Y sienta tus dulces besos,
 mire tus ojos ardientes,
 aunque me abrasen tus labios
 y aunque tus ojos me quemén.

RAMÓN TRILLES.

BIBLIOGRAFIA

Emilio Gaboriau posee el secreto de excitar tan vivamente el interés del lector de sus novelas, que es imposible que, una vez leído el primer capítulo de alguna de sus obras, dejen de recorrerse febrilmente todas las páginas del libro.

Los misterios más recónditos de la vida parisién se descubren y ponen de relieve con pincelada valiente y segura. Al lado de sus grandezas tiene la populosa ciudad enormes miserias, cuyo conocimiento exacto es de indiscutible utilidad. Entre los mil medios criminales de allegar oro, existe uno que constituye una vasta y singular explotación de los secretos más escondidos del hogar. La manera de sorprender las faltas ignoradas de las familias, y su hábil y cínica explotación por una sociedad de miserables comerciantes de honras ajenas, forma el objeto de la última obra de Gaboriau, *Los delatores*, que, esmeradamente traducida por doña Joaquina García de Balmaseda, acaba de publicar *El Cosmos Editorial*, constituyendo el tomo 111 de su acreditada biblioteca.

Las dotes que adornan á Gaboriau campean con extraordinario vigor en esta novela; los caracteres están dibujados de mano maestra, y la trama tiene constantemente en suspenso la atención del lector, que seguramente no tendrá motivos de arrepentirse de haber adquirido el libro.

Explotadores y explotados se mezclan y confunden en lances de prodigiosa inventiva, habiendo al lado de tipos tan descarnados y avezados al crimen como el de Mascardot, caracteres llenos de talento y de nobleza, como el del expósito Pablo.

La obra se vende en las oficinas de *El Cosmos Editorial*, Arco de Santa María, 4, bajo, y en todas las librerías, al precio de 3 pesetas, y 3,50 en tela, con una bonita plancha.

PASATIEMPOS

CHARADAS

Todo, si prima segunda
 cuarta te importa tomar
 segunda terciá, muy pronto
 tus males se aliviarán.

Mi prima dos en las casas;
 mi terciá cuarta en la guerra;
 mi terciá prima en el templo;
 mi todo, en el mar de Grecia.

CUADRADO DE PALABRAS

- Primer renglón horizontal ó vertical; letra.
- Segundo renglón; prenda.
- Tercer renglón; adjetivo plural.
- Cuarto renglón; empleo.
- Quinto renglón; verbo.
- Sexto renglón; verbo.
- Séptimo renglón: letra.

Solución á los pasatiempos del núm. 30.

Charada 1.ª: MARIDO.
 Charada 2.ª: CORISTAS.

A LOS CUADRADOS DE PALABRAS

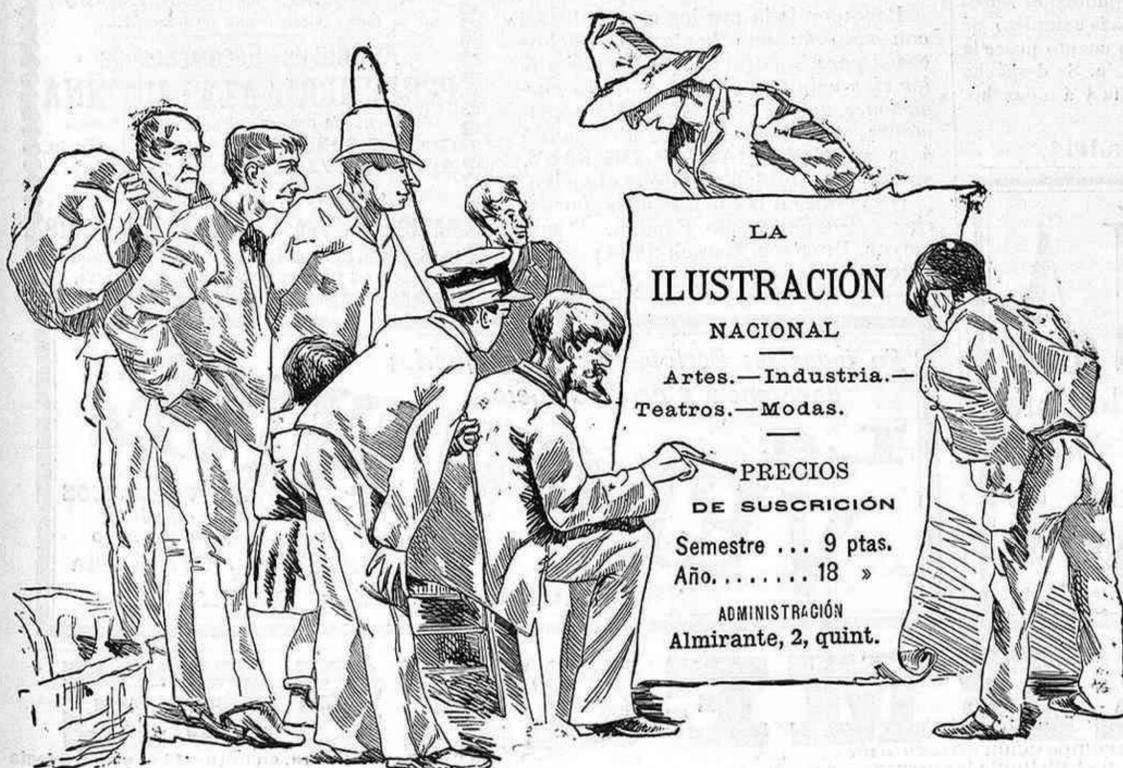
1.º

T O L V A
 O L L A S
 L L O R A
 V A R A R
 A S A R E

2.º

S A L O N
 A M I G A
 L I M A R
 O G A Ñ O
 N A R O N

Imprenta de Enrique Rubiños, plaza de la Paja, 7 bis.



TENIA Ó SOLITARIA
 Se expulsa en 2 ó 3 horas, tomando
LAS CAPSULAS TENIFUGAS
 DE MORENO MIQUEL.
 Arenal, 2, Madrid, y principales farmacias.
 60 rs. frasco, y por 65, se remite certificado á provincias.

Se admiten anuncios á precios convencionales; dirigirse al Administrador de esta Revista, **Almirante, núm. 2, quíntuplicado.** MADRID

DOLORES de ESTOMAGO
DIGESTIONES DIFÍCILES
 Pérdida del Apetito, Agotamiento,
 Gastralgias, Vómitos, Diarrea, etc.
ELIXIR GREZ
 TONI-DIGESTIVO
 con Quinina, Coca y la Pepsina
 empleado en todos los Hospitales.
P. Grez, 34, rue La Bruyère, 84, Paris
 Y EN LAS FARMACIAS

Agente general para los anuncios franceses: M. F. Mus, Rue Alfred-Stevens, 9, París.

GUERLAIN DE PARIS

ARTICULOS DE PERFUMERIA RECOMENDADOS

Agua de Colonia imperial. — Sapoceti, jabon de tocador. — Crema jabonina (Ambrosial Cream) para la barba. — Crema de Fresas para suavizar el cutis. — Polvos de Cypris para blanquear el cutis. — Stibolide cristalizado para los cabellos y la barba. — Agua Ateniense y agua Lustral para perfumar la cabeza. — Primavera de España. — Pao Rosa. — Mariscala Duquesa. — Rosa y Clavel. — Heliotropo blanco. — Exposición de París. — Ramillete imperial Ruso. — Perfume de Francia. — Agua de Cidra, agua de Chipre y agua de Colonia Imperial Ruso para el tocador. — Alcoholado de Coclearia para la boca y los dientes.

GRAJEAS SAEZ

Curan radicalmente las irritaciones, catarros, purgaciones, gota militar, estrecheces, flujo blanco, derrames seminales, incontinencia de orina, y toda clase de flujos de las vías urinarias: su composición es vegetal é inofensiva.

De venta en las principales farmacias y droguerías de España. Al por mayor Dr. Saez, Barcelona. Frasco 3 pesetas; por correo certificado, 4 pesetas.

VALENTIN GALVEZ

Puerta del Sol, números 10 y 12.

Quantos de piel de cabrito, cordero, castor, Suecia, de hilo y de seda. Corbatas, tirantes y ligas. Novedades del país y extranjeros. C'bjetos para regalos.

Frasco 5 fr. en París

PUREZA DEL CUTIS
— LAIT ANTÉPHELIQUE —

LA LECHE ANTEFÉLICA
pura ó mezolada con agua, disipa
PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA
SARPULLIDOS, TEZ BARROSA
ARRUGAS PRECOCES
EFLORESCENCIAS
ROJECES

Pone y conserva el cutis limpio y terso
CANDES et C^o B^e St-Denis, 26

VERDADEROS GRANOS DE SALUD DEL DR. FRANCK

Aperitivos, Estomacales, Purgantes
Depurativos

Contra la Falta de Apetito
el Estreñimiento, la Jacqueca
los Váridos, Congestion, etc.
Dosis ordinaria: 1 ó 3 granos
Noticia en cada caja

Exigir los Verdaderos en CAJAS
AZULES con rótulo de 4 colores y
el Sello azul de la Unión de los
FABRICANTES.
París, Farmacia Leroy y principales 1^{as}

VERITABLES
GRANOS
de Santé
du docteur
FRANCK

PARA TENER LA BOCA
SANA, HERMOSA Y FUERTE, usen la

MENTHOLINA DENTÍFRICA

ó Elixir Alemán, del Dr. Gutter, importado y preparado por el Dr. ANDREU de Barcelona, autor de la Pasta pectoral é infalible.

Con este dentífrico se logra siempre: 1.º Calmar el dolor de muelas; 2.º, quitar el sarro; 3.º, curar la fetidez del aliento; 4.º, embanquecer la dentadura; 5.º, curar á tiempo el escorbuto; 6.º, aromatizar y poner fresca la boca, y 7.º, fortalecer los dientes y muelas dando vigor á las encías, que las hace fuertes é insensibles á las bebidas frías ó calientes.

Todo el que estime en algo la salud y belleza de la boca, debe usar la Mentholina, y los padres debieran acostumbrar á sus hijos como medida altamente saludable é higiénica.

El sabor y olor son tan exquisitos y agradables, que á la par que gran remedio, es artículo de recreo y adorno para la mesa ó el tocador.

Un frasco vale 6 rs., id. doble con caja y cepillo 10 rs., id. extra, cabida de 8 frascos dobles para familias numerosas, colegios, conventos, etc., etc., 60 rs.

La Mentholina en polvo aumenta la belleza y blancura de los dientes. Caja, 5 rs. De venta en las buenas farmacias de España y de todas las Américas.

Medallas de ORO

Recompensa de 16,600 francos

Medallas de ORO

QUINA-LAROCHE

VINO TÓNICO

El Quina-Laroche no es una preparación vulgar de Vino de Quina; sino el resultado de estudios y de trabajos que han valido á su autor las mas lisonjeras recompensas. De un gusto muy agradable, el Quina-Laroche encierra todos los principios de las tres mejores quinas (Roja, Amarilla y Gris) y es indispensable para rehabilitar las fuerzas, combatir las Afecciones del Estómago, las Dispepsias, la Anemia, Calenturas por rebeldes que sean, etc.

PARIS, 22, rue Drouot, y en las Farmacias de esta

ADOPTADA EN
LOS HOSPITALES
DE PARÍS

NUEVO TRATAMIENTO
Y CURACION DE LAS
Enfermedades del Estomago,
de los Intestinos, del Pecho,
Languidez, Anemia, etc.

**VINO
PEPTONA CATILLON**
(Carne asimilable y Fosfatos orgánicos)

Alimento de los Enfermos que no pueden digerir.
Poderoso Reparador de las Fuerzas debilitadas por la Edad,
la Fatiga, las Fiebres, el Amantamiento,
la Crecencia de los Niños y de las Jóvenes, etc.
Paris, bou! St-Martin, 3 et Ph^o

MEALLA EXPOSICION UNIVERSAL 1878

Se administran casas con economía. Hay fianza y toda clase de garantías. En la Administracion de esta Revista, Almirante, 2 quintuplicado, darán razon.

Anti-Epidémico
Desinfectante Higiénico

PHENOL-BOBCEUF
PREMIO MONTYON acordado por el Instituto de Francia
Medallas de Oro y Diplomas de honor

PHENOL-BOBCEUF PERFUMADO
La mas higiénica de las Aguas de Tocador

Higiene de la Boca
y Conservacion de los Dientes
CON EL EMPLEO DEL

DENTIFRICO DE PHENOL-BOBCEUF
En Frascos y Medios-Frascos

JABON DE PHENOL-BOBCEUF
En Cajitas de tres Pastillas

61, Faubourg Poissonniere, PARIS
(Antiguamente 7, rue Coq-Héron)
Depósito general de PRODUCTOS HIGIENICOS
DEPOSITO EN CASA DE LOS PRINCIPALES NEGOCIANTES

MAQUINAS PARA COSER

CAJAS DE MÚSICA

COCHES PARA NIÑOS, ESTUFAS

7, PRECIADOS, 7

32, ESPOZ Y MINA, 34



La farmacia de Moreno



Miquel tiene siempre á la disposición del público el surtido más completo de todo cuanto posee la ciencia. Se despacha de día y á todas horas de la noche.

Arenal, 2, Madrid.

INYECCIÓN SAEZ

Recomendada por los especialistas; con solo su uso basta en muchos casos para la curación de los flujos de las vías urinarias, como son las purgaciones, gota militar, flujo blanco, etcétera, y en los rebeldes, alternando á la vez las GRAJEAS DE SAEZ, siendo su empleo fácil é inofensivo.

De venta en las principales farmacias y droguerías de España. Al por mayor, Dr. Saez, Barcelona, 3 pesetas botella.

EXPOSITION UNIV^{rs} 1878
Médaille d'Or Croix de Chevalier
LES PLUS HAUTES RÉCOMPENSES

ACEITE de QUINA

E. COUDRAY

PREPARADO ESPECIALMENTE para la HERMOSURA del CABELLO
Recomendamos este producto,
que las Celebridades medicas consideran, por su principio de Quina, como el REGENERADOR mas poderoso que se conozca.

ARTICULOS RECOMENDADOS
PERFUMERIA A LA LACTEINA

Recomendada por las Celebridades Medicas
GOTAS CONCENTRADAS para el pañuelo.
AGUA DIVINA llamada agua de salud.

SE VENDEN EN LA FÁBRICA
PARIS 13, rue d'Enghien, 13 PARIS

Depósitos en casas de los principales Perfumistas, Boticarios y Peluqueros de ambas Américas.

CARABAÑA

España. Grande honra para el suelo que produce sus aguas minero-medicinales. En la gran Exposición concurso internacional de Bruselas (Bélgica) acaban de obtener las Aguas de Carabaña el gran Diploma de Honor.

En todas las Perfumerías y Peluquerías de Francia y del Extranjero.

La **VELOUTINE**
Polvo de Arroz especial
PREPARADO AL BISMUTO
Por **CH. FAY**, Perfumista
9, rue de la Paix, 9, PARIS

LA CHARMERESSE

Polvos refrigerantes, el « non plus ultra » de los polvos para la belleza. Su composición absolutamente nueva bajo el punto de vista de la higiene, su finura, su untuosidad y su perfecta adherencia, recomiendan su uso para las facciones mas delicadas. Refresca la piel, disimula las arrugas, da á la tez la blancura mate, suave y discreta de la camelia y hace desaparecer como por encanto todas las imperfecciones (pecaes, manchas, rojeces, etc.). — **DUSSER**, Inventor, 1, Rue Jean-Jacques-Rousseau, Paris. (En America, en todas las Perfumerías). Madrid: **MEZCHOR GARCIA**, y en las Perfumerías de PASCUAL, FRERA, INGLESA, URQUIOLA, etc. — Barcelona: **VICENTE FERRER**, depositario, y en las Perfumerías de LAFONT, etc.

